



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

7 muchos más eran los riesgos por tierra. Y aun en el caso de que alguien, por gusto o por necesidad, hubiera conseguido llegar a los confines del mundo, ni  
 8 aun así habría alcanzado su propósito, porque es muy difícil ser testigo ocular de ciertas cosas, debido a que algunos lugares son incivilizados, y otros están desiertos. Todavía es más difícil conocer y aprender de pa-  
 9 labra lo que sea, por la diferencia de lenguas. Incluso si se llegara a conocerlas, es aún más arduo que las cosas precedentes usar con moderación de este conocimiento, rechazar lo fantástico y monstruoso y honrar la verdad por el honor que cada cual se debe a sí mismo, sin narrar nada que no responda a la realidad.

59 En épocas pretéritas resultaba no difícil, sino prácticamente imposible una descripción ajustada a la realidad de las regiones citadas, por lo cual no debemos reprochar a los historiadores sus errores y omisiones.  
 2 Lo justo es admirarse y alabarles por lo que conocieron y progresaron en el conocimiento de estas materias en sus épocas.

3 Pero en la nuestra, en Asia por el imperio de Alejandro y en las demás regiones por el dominio de los romanos se puede viajar y navegar casi por todas partes. Los hombres emprendedores se han visto libres por fin de la preocupación que representan las acciones guerreras y políticas, y esto les ha proporcionado muchas ocasiones de investigar y de instruirse en el estudio de los temas citados. Sería conveniente y necesario un conocimiento más real de lo que antes se ignoraba. Esto es lo que intentaremos hacer cuando encontremos en nuestra *Historia* un lugar adecuado. Querriamos que los que quieren saber por curiosidad participaran de un conocimiento más completo de lo enunciado. Fue principalmente por esto por lo que afrontamos los peligros y las penalidades que nos ocurrieron en un viaje por Africa, por España, por la Galia

y por el Mar Exterior que cierra estos países, para proporcionar a los griegos el conocimiento de estas partes del universo, y corregir la ignorancia de nuestros antepasados sobre estos temas.

Ahora, volviendo al punto de partida de la digresión, intentaremos aclarar las luchas ocurridas en Italia en las confrontaciones entre romanos y cartagineses.

Ya hemos precisado el número de soldados con que Aníbal llegó a Italia. Tras su entrada, acampó en las mismas estribaciones de los Alpes, y de momento procuró

que sus tropas se repusieran. Todo su ejército estaba en una situación lamentable no sólo por las ascensiones y descensos y por las penalidades de la travesía; la escasez de víveres y los nulos cuidados corporales lo habían deteriorado enormemente. Ante estas privaciones y lo continuo de las calamidades muchos se habían desmoralizado por completo. Las dificultades del terreno habían imposibilitado a los cartagineses transportar provisiones abundantes para tantas decenas de millares de hombres, e incluso se perdió la mayor parte de lo que acarrearían cuando perdieron las acémilas. Cuando cruzó el Ródano, Aníbal tenía unos treinta y ocho mil hombres de infantería y más de ocho mil jinetes, pero en los pasos perdió casi la mitad de las fuerzas, como apunté más arriba. Los supervivientes tenían algo de salvajes en su aspecto y en su comportamiento, como consecuencia de la continuidad de las penalidades aludidas. Aníbal puso mucha atención en su cuidado, y recuperó a sus hombres tanto en sus cuerpos como en sus espíritus. Hizo igualmente que se repusieran los caballos.

Tras esto, rehechas ya sus tropas, los turineses, que viven al pie de los Alpes, andaban peleando con los insubres, pero recelaban de los cartagineses; pri-

mero Aníbal les había ofrecido su amistad y alianza. Pero al serle rechazadas, acampó junto a la ciudad, que era muy fuerte, y en tres días la rindió por asedio.

10 Mandó decapitar a sus oponentes, con lo cual infundió tal pavor a los bárbaros que habitaban en las cercanías que acudieron todos inmediatamente a ofrecerle

11 su lealtad y sus personas. El resto de los galos que habitaban las llanuras se apresuró a asociarse a las empresas de los cartagineses, según el acuerdo anterior. Pero debido a que las legiones romanas habían rebasado a la mayor parte de estos galos y les habían interceptado, permanecían inactivos; algunos incluso se vieron forzados a militar con los ejércitos romanos.

13 Al ver esto Aníbal, decidió no perder tiempo, sino seguir adelante y hacer algo para infundir confianza a los que estaban dispuestos a participar en sus esperanzas.

61 Tales eran sus propósitos. Sabía, además, que Escipión había cruzado el Po con sus tropas y que estaba

2 cerca. Al principio no hacía caso a los mensajeros: no dejaba de pensar que pocos días antes le había dejado en los pasos del Ródano, y calculaba cuán larga y difícil sería la navegación desde Marsella a Etruria.

3 Sabía, además, por sus informadores, cuán enorme y dura era para un ejército la marcha desde el Mar Tirreno a través de Italia hasta los Alpes. Pero como las

4 informaciones que le llegaban eran cada vez más frecuentes y claras, se admiró y quedó sobrecogido ante

5 los planes y la gesta del cónsul. Y Escipión experimentó algo semejante. Primero creyó que Aníbal ni tan siquiera iba a intentar el paso por los Alpes con un ejército tan heterogéneo. Si llegaba a atreverse, Escipión suponía que, evidentemente, la ruina de Aníbal

6 iba a ser total. Calculando así, cuando se enteró de que Aníbal había salvado el obstáculo, y se encontraba ya en Italia, asediando algunas ciudades, quedó pas-

mado de la audacia del hombre y de su coraje. Lo mismo sintieron los habitantes de Roma ante lo que se les venía encima. Apenas si acababa de cesar el rumor de que los cartagineses habían tomado Sagunto, y tras haber deliberado sobre ello, habían mandado uno de los cónsules al Africa a asediar la propia ciudad de Cartago, y al otro a España, para que allí guerreara contra Aníbal, cuando les llega la noticia de que Aníbal está allí con un ejército y de que está ya asediando algunas ciudades en Italia. Lo ocurrido les pareció increíble, y perturbados mandaron inmediatamente mensajeros a Tiberio, que se encontraba en Libileo, a señalarle la presencia del enemigo; debía abandonar sus planes y correr a toda prisa en socorro de su país. Tiberio concentró inmediatamente a los hombres de su flota y los envió con la orden de que navegaran en dirección a la patria. A través de los tribunos tomó juramento a sus fuerzas de tierra, y les señaló el día en que debían presentarse en Rímmini para pernoctar allí. Ésta es una ciudad junto al Mar Adriático, situada en el límite meridional de la llanura del Po. Había movimientos simultáneos en todas partes, lo que ocurría eran noticias inesperadas para todos, y ello producía en cada uno una inquietud acerca del futuro que no se podía tomar a la ligera.

En este momento, Aníbal y Escipión ya estaban uno cerca del otro, y se propusieron arengar a sus propias fuerzas, exponiendo cada uno lo adecuado a las circunstancias presentes.

Aníbal emprendió la exhortación de la manera siguiente: congregó a su gente e hizo conducir allí a algunos jóvenes de los prisioneros<sup>102</sup> que había cogido

<sup>102</sup> Aunque la dramática escena que sigue la narra también Tito Livio (la ha recogido de Polibio), los comentaristas coinciden en afirmar que se trata de una invención de Polibio.

cuando hostigaban su marcha a través de las asperezas de los Alpes. Estos jóvenes habían sido maltratados siguiendo instrucciones concretas de Aníbal, en vista a sus propios designios: arrastraban pesadas cadenas, estaban rendidos de hambre y tenían el cuerpo molido a palos. Les puso, pues, en medio, y al propio tiempo exhibió unas panoplias galas, las que habitualmente adornan a los reyes cuando éstos se disponen a un duelo; además de esto, hizo traer unos caballos y unos sayos<sup>103</sup> riquísimos. Entonces preguntó a los jóvenes quiénes de ellos estaban dispuestos a luchar entre sí. La condición era que el vencedor se llevaría los premios propuestos, y el vencido se libraría de los males presentes mediante la muerte. Los jóvenes gritaron todos a la vez y dijeron que querían entablar un duelo personal. Aníbal ordenó echarlo a suertes, y mandó que los dos que resultaran elegidos se armaran y lucharan uno contra el otro. Así que los jóvenes oyeron esto levantaron las manos en súplica a los dioses, pues todos anhelaban ser ellos los elegidos por la fortuna. Cuando se vio el resultado del sorteo, los agraciados exultaban de alegría, al revés de los restantes. Después del duelo, los prisioneros supervivientes felicitaban no menos al vencedor que al muerto, pues éste se veía ya libre de muchos y grandes males, que ellos sufrían aún intensamente. El estado de ánimo era semejante en muchos cartagineses; pues al comparar la calamidad de aquellos a los que se volvían a llevar vivos, les compadecían y todos tenían por feliz al muerto. Cuando con el espectáculo expuesto hubo infundido en el ánimo de sus tropas la disposición que pretendía, Aníbal avanzó personalmente y dijo que había ordenado conducir allí a aquellos prisioneros para que

<sup>103</sup> Es el *sagulum* de los romanos, pieza de vestir con franjas verticales de distintos colores.

el ejército viera claramente en las desgracias ajenas su propia situación; así reflexionaría mejor sobre la situación presente. La Fortuna, en efecto, les había encerrado en una coyuntura semejante y les había impuesto un combate idéntico; los trofeos propuestos eran paralelos. Era inevitable, pues, vencer, morir o caer vivos en manos de sus enemigos. El premio del triunfo no consistía en caballos ni en sayos, sino en convertirse en los hombres más felices: se apoderarían de las riquezas de Roma. Si en el combate les pasaba algo<sup>104</sup>, habrían luchado hasta el último aliento por la más bella de las esperanzas, y acabarían su vida en la pelea, sin haber sufrido otra calamidad. Pero los vencidos o los que huyeran por amor a la vida o eligieran vivir de otra forma participarían de todos los males y desgracias. Si recordaban la longitud del camino efectuado desde sus patrias respectivas, el número de guerras que hubo de por medio, si consideraban la anchura de los ríos que habían vadeado, no habría nadie tan necio ni tan torpe que, huyendo, esperara alcanzar la patria. Por eso creía que ellos debían desechar totalmente esta esperanza, y que tuvieran, ante su situación, la misma opinión que se habían formado ante las desgracias ajenas. Pues igual que ante aquellos jóvenes, todos consideraban feliz tanto al vencedor como al muerto, y, en cambio, compadecían a los vivos, de igual manera Aníbal pensaba que ellos debían opinar acerca de sí mismos. Todos debían acudir a los combates para vencer, y si esto resultaba imposible, para morir. Les pedía que no admitieran en modo alguno la esperanza de sobrevivir derrotados. Si adoptaban este razonamiento y designio, era evidente que les seguirían a la vez la salvación y la victoria, porque todos los que por preferencia o por necesidad

<sup>104</sup> Eufemismo: morían.

adoptan un tal propósito, jamás se engañan en cuanto  
 13 a vencer a sus adversarios. Y siempre que el enemigo  
 tenga la esperanza opuesta, que es lo que ahora aconte-  
 ce a los romanos, pues es evidente que si huyen la  
 gran mayoría logrará salvarse, ya que tienen su patria  
 a un paso, en este caso está claro que la audacia de  
 los desesperados se convertirá en irresistible.

14 La gran mayoría aprobó el ejemplo y el discurso, y  
 cobró el empuje y el ardor que pretendía el que les  
 exhortaba. Entonces Aníbal les felicitó y les despidió  
 al tiempo que les anunciaba que al día siguiente al  
 alborear levantarían el campo.

64 Escipión había cruzado en aquellos mismos días  
 el río Po, y pensaba pasar también el río Tesino. Ordenó  
 a los pontoneros que tendieran puentes, y concentra-  
 2 do al resto de las fuerzas las arengó. La mayoría de las  
 cosas que les dijo se referían al honor de la patria y  
 de las gestas de los antepasados; en cuanto a la situa-  
 3 ción presente, les habló de esta manera: afirmó que,  
 aunque de momento ellos no tuvieran ninguna expe-  
 riencia del enemigo, el mero hecho de saber que iban  
 a luchar contra cartagineses les debía hacer tener una  
 4 esperanza indiscutible de victoria. Debían pensar, sin  
 la menor duda, que era cosa absurda e indigna que  
 los cartagineses se opusieran a los romanos, cuando  
 habían sido derrotados por ellos tantas veces y les  
 habían pagado muchos tributos, y casi habían sido sus  
 5 esclavos durante tanto tiempo ya. «Y cuando, además  
 de lo dicho, hemos aprendido a conocer a estos hom-  
 bres hasta el punto de que no se atreven a mirarnos  
 cara a cara<sup>105</sup>, ¿qué debemos pensar acerca del futuro

<sup>105</sup> Aquí la tradición manuscrita del texto griego ofrece ciertas dificultades, que se pueden comprobar en las ediciones críticas. El texto griego transmitido, efectivamente, es algo incoherente, y los mismos editores Büttner-Wobst modificaron

si hacemos una previsión correcta? Ni aún su propia  
 6 caballería, que trabó combate con la nuestra junto al  
 Ródano<sup>106</sup>, se salió con honor, antes bien, tras sufrir  
 grandes pérdidas, huyó vergonzosamente hasta alcan-  
 zar su propio campamento; su general, con todo su  
 7 ejército, cuando supo la presencia de nuestros soldados,  
 se retiró de una manera muy parecida a una desbanda-  
 da, y fue por su propia decisión, por miedo, por lo  
 que utilizó la ruta de los Alpes.» Y añadió que ahora  
 8 Aníbal estaba allí, tras haber perdido la mayor parte de  
 su ejército, y lo que le quedaba era impotente e inútil  
 por las malas condiciones en que estaba. Había perdido  
 también la mayor parte de sus caballos, y el resto no  
 servía para nada debido a la duración de la marcha  
 y a sus dificultades<sup>107</sup>. Con todo esto Escipión intentaba  
 9 demostrarles que les bastaría con mostrarse al ene-  
 migo. Lo que más les pedía es que cobraran ánimo al  
 10 ver que él estaba allí; puesto que jamás habría aban-  
 donado la flota y las acciones de España, a las que  
 había sido enviado, y no habría acudido tan aprisa  
 si no se hubiera convencido, de manera absolutamente  
 lógica, de que esta acción era necesaria para la patria,  
 y de que, además, era cosa clara en ella la victoria.

La autoridad del orador y la verdad de lo que les  
 11 decía hizo que todos cobraran ánimo para la lucha.  
 Escipión les felicitó por su empuje y les despidió con  
 la recomendación de que estuvieran prestos a las  
 órdenes.

su lectura en su segunda edición (1904). Mi traducción responde a esta segunda lectura.

<sup>106</sup> Se refiere a la escaramuza narrada en el cap. 45 de este mismo libro.

<sup>107</sup> A pesar de haberlos desaprobado, Polibio introduce aquí un discurso en estilo directo. Cf. la nota 160 del libro II.

65

*Primeras batallas:  
el Tesino*<sup>108</sup>

Al día siguiente, ambos jefes avanzaron por la orilla del río<sup>109</sup> que da a los Alpes; los romanos tenían la corriente a la izquierda y los cartagineses a la derecha. Al

- 2 cabo de dos jornadas supieron por los forrajeadores que los dos ejércitos estaban cerca uno del otro; se quedaron en el lugar en que estaban y acamparon.
- 3 Al amanecer, tomando ambos generales toda su caballería, y Escipión también a sus infantes armados de jabalinas, se adelantaron por la llanura, con el deseo
- 4 de inspeccionarse mutuamente las fuerzas. Así que se aproximaron y vieron la polvareda levantada, al ins-
- 5 tanto se alinearon para la batalla. Escipión situó delante a los infantes armados de jabalinas, y con ellos a los jinetes galos; dispuso el resto de frente y avan-
- 6 zaba lentamente. Aníbal colocó al frente su caballería bridada<sup>110</sup>, y el resto de ella, sin freno, y así se enfrentó al enemigo. Había dispuesto a ambas alas la caballería númerida, en vistas a una operación envolvente.
- 7 Los dos jefes y los jinetes de los dos bandos estaban con gran moral para la pelea, y el primer choque fue tal que la infantería ligera romana no consiguió disparar con antelación sus jabalinas, y se replegaron rápidamente a través de los huecos que entre sí dejaban los escuadrones, pasmados ante la arremetida enemiga y temiendo acabar pateados por los jinetes que
- 8 se echaban encima. Entonces, pues, las caballerías cho-

<sup>108</sup> EN WALBANK, *Commentary*, pág. 398, hay un plano de la batalla del Tesino.

<sup>109</sup> Polibio no llega a decir su nombre, pero aparte de que nos lo da Tito Livio, el río en cuestión no puede ser otro que el Tesino, que fluye de manera sensiblemente paralela a los Alpes.

<sup>110</sup> Por oposición a los númeridas, que montaban a caballo sin freno.

caron frontalmente, y su encuentro fue indeciso durante mucho tiempo. Lo que había era a la vez un combate 9 de caballería y de infantería, porque durante la misma lucha descabalgó una gran cantidad de combatientes. 10 Pero tras la operación envolvente de los númeridas, que atacaban por la espalda, los infantes romanos armados de jabalinas que antes habían rehuido el choque contra la caballería cartaginesa se vieron aplastados por el número y violencia de los númeridas. Y la caballería, 11 que primero luchaba de frente contra los cartagineses, perdió muchos hombres, pero infligió pérdidas aún mayores al enemigo. Mas cuando los númeridas cargaron por la espalda se dio a la fuga; unos se dispersaron y otros se agruparon en torno a su comandante.

Escipión, pues, levantó el campo y avanzó, a tra- 66 vés de la llanura, hacia el puente tendido sobre el río Po; quería que sus fuerzas se anticiparan a cruzarlo primero: veía que los terrenos eran llanos y que el 2 enemigo era superior en caballería. Además, él mismo estaba gravemente herido; por esto decidió apostar sus fuerzas en un lugar seguro. Durante algún tiempo Aní- 3 bal supuso que los romanos le presentarían batalla con sus fuerzas de infantería, pero al ver que habían levantado el campamento, les persiguió hasta la primera orilla y hasta el puente tendido encima<sup>111</sup>. Encontró 4

<sup>111</sup> Aquí hay un problema de crítica textual importante, porque condiciona, incluso, la ubicación de la batalla. La palabra griega que aquí se traduce por «primer» no consta en todas las fuentes manuscritas; si se admite la supresión, se admite automáticamente que la batalla se libró a orillas del Po y no del Tesino. No obstante, con Büttner-Wobst y la mayoría de editores, admito como genuina en el texto griego la palabra que significa «primer». Esto implica la existencia de dos puentes, cosa que Polibio tampoco dice explícitamente, pero que se deduce incuestionablemente del desarrollo de la batalla. Paton, tan parco en las notas en su edición, anota este lugar, e indica que la batalla se libró cerca de la población actual de Vigerano.

que la mayoría de las tablas habían sido arrancadas, pero hizo prisioneros a los custodios del puente, que  
 5 estaban todavía allí; eran unos seiscientos. Sin embargo, cuando se enteró de que el resto de los romanos estaba ya muy lejos, dio la vuelta e hizo la marcha por las márgenes del río, deseoso de encontrar un lugar donde se pudiera tender fácilmente un puente sobre  
 6 el Po. Al cabo de dos días se detuvo, y sirviéndose, a modo de puente, de embarcaciones fluviales para el paso, encargó a Asdrúbal el traslado de las tropas; él mismo, después de cruzar, inmediatamente entabló negociaciones con unos embajadores de lugares próximos  
 7 que se habían presentado. Pues así que se produjo su victoria, todos los galos limítrofes se apresuraron, según el propósito inicial, a hacerse amigos de los cartagineses, a ayudarles y a salir a campaña con ellos. Aníbal, pues, recibió amablemente a los presentes, y cuando se le hubieron juntado las tropas de la otra orilla, avanzó paralelamente al río, en una marcha opuesta a la anterior, pues ahora la hacía río abajo,  
 8 ansioso de establecer contacto con el enemigo. Escipión, que había cruzado el río Po, y había acampado junto a la ciudad de Placencia, colonia romana, se curaba a sí mismo y a los demás heridos, y, creyendo haber apostado a su ejército en un lugar seguro, permanecía  
 10 inactivo. Pero Aníbal, que al cabo de dos días de haber cruzado el río, llegó cerca del enemigo, al tercer día situó a sus tropas a la vista de los romanos. Mas nadie le salía al encuentro, y acampó, dejando unos cincuenta estadios de intervalo entre ambos campamentos.  
 67 Los galos que combatían entre los romanos, al ver que las esperanzas de los cartagineses eran más brillantes, tramaron un complot, y aguardaban una ocasión para atacar a los romanos; entre tanto permanecían  
 2 en sus tiendas. Cuando los soldados que estaban junto a la misma empalizada cenaron y se retiraron a des-

cansar, las galos dejaron pasar la mayor parte de la noche hasta la tercera guardia<sup>112</sup>; entonces atacaron a los romanos acampados junto a ellos. Mataron a muchos  
 3 e hirieron a no pocos; al final decapitaron a los muertos y se pasaron a los cartagineses; eran dos mil, y poco menos de doscientos jinetes. Aníbal les acogió benevolamente a su presencia, les estimuló y prometió a todos recompensas adecuadas; luego les remitió a sus ciudades de origen, para que explicaran a sus conciudadanos cómo les había tratado y les animaran a aliarse a él. Sabía que todos, cuando se hubieran enterado de la traición que sus propios conciudadanos habían cometido contra los romanos, se aliarían, sin duda alguna, a sus empresas. Al tiempo de éstos se presentaron también los boyos y entregaron a Aníbal aquellos tres hombres enviados por los romanos para proceder a la distribución de tierras, de los que se habían apoderado por traición al principio de la guerra, como más arriba dije<sup>113</sup>. Aníbal acogió su lealtad y estableció  
 7 con ellos también amistad y alianza, pero les devolvió a los hombres con el encargo de que los custodiaran para poder recibir a cambio de ellos a sus propios rehenes, según sus planes iniciales. Escipión, indignado  
 8 por la traición sufrida, calculó que si ya antes los galos les habían sido hostiles, ahora ocurriría que todos los de alrededor se inclinarían por los cartagineses. Creyó, pues, indispensable precaverse ante el futuro; llegó la  
 9 noche, y al amanecer levantó el campo y marchó en dirección al río Trebia<sup>114</sup> y a las colinas que se levantan junto a él, confiando tanto en la aspereza de aquella región como en los aliados que habitaban en sus inmediaciones.

<sup>112</sup> De tres a seis de la madrugada.

<sup>113</sup> En 40, 9 de este mismo libro.

<sup>114</sup> Afluente del Po por su margen derecha.

68

*Clastidio.  
Batalla de Trebia*

Aníbal, tras conocer su marcha, envió sin dilaciones a los jinetes númerados, y no mucho después a los restantes. El ejército, mandado por él mismo, seguía inmediatamente detrás. Los númerados cayeron sobre el campamento abandonado y lo incendiaron. Ello favoreció enormemente a los romanos, ya que si la caballería cartaginesa, que les perseguía muy de cerca, les hubiera atrapado con los bagajes en el terreno llano, muchos habrían muerto a manos de los jinetes. Pero entonces la mayoría consiguió cruzar el río Trebia; de los que quedaron atrás en la retaguardia, unos murieron y otros cayeron vivos en manos de los cartagineses.

Escipión cruzó el río citado y acampó junto a las primeras colinas<sup>115</sup>, y tras rodear el campamento de un foso y de una empalizada, recibió a Tiberio Sempronio con las fuerzas que traía; cuidaba su propia herida con gran interés, pues deseaba estar en condiciones de participar en el próximo combate. Aníbal estableció su campamento a unos cuarenta estadios de distancia del enemigo. La gran masa de galos que habitaba aquellas llanuras se había sumado a las esperanzas de los cartagineses; aprovisionaba en abundancia su ejército y estaba dispuesta a colaborar con los hombres de Aníbal en cualquier trabajo y empresa.

En Roma, cuando se supo lo ocurrido en el combate de caballería, hubo sorpresa, porque el hecho era algo imprevisto, pero no faltaron pretextos para creer que lo sucedido no era una derrota: unos culpaban la precipitación del general, otros la perversa voluntad de los galos, a juzgar por la deserción reciente. En suma, puesto que sus tropas de a pie estaban intactas,

<sup>115</sup> Cerca de la población actual de Rivagano, en la margen derecha del río Trebia.

se suponía que, en conjunto, también las esperanzas continuaban íntegras. Así, cuando Tiberio Sempronio llegó y cruzó Roma con sus tropas, creyeron que con su sola presencia decidirían la contienda. A los soldados concentrados en Rímmini según su juramento, su general les recogió y avanzó, deseoso de juntarse con las fuerzas de Escipión. Unidos ya ambos ejércitos, hizo acampar a los suyos junto a sus compatriotas. Quería que sus hombres se recuperaran, pues durante cuarenta días habían marchado ininterrumpidamente desde Lilibeo hasta Rímmini. Al propio tiempo iba haciendo los preparativos para la batalla. Deliberaba con gran interés con Escipión, preguntándole acerca de lo ya sucedido, y discutía con él la situación presente.

En aquellos mismos días Aníbal había tomado por traición la ciudad de Clastidio<sup>116</sup>: se la entregó un hombre de Bríndisi a quien la habían confiado los romanos. Dueño de la fortaleza y de su depósito de trigo, lo utilizó para aquella oportunidad, y se llevó consigo a los hombres hechos prisioneros sin inferirles ningún daño: quería proporcionar una prueba de sus disposiciones para que los que se vieran atrapados por las circunstancias no desearan, temerosos, de su salvación junto a él. Al traidor, le honró de manera magnífica, confiando en que la esperanza depositada en los cartagineses atrajera a los que ejercían algún gobierno.

Pero después observó que algunos galos que habitaban entre el río Po y el Trebia y que habían pactado amistad con él, enviaban mensajeros también a los romanos; creían que de esta manera estarían seguros igualmente frente a los dos contrincantes. Aníbal, pues, envió dos mil soldados de infantería y unos mil de caballería, entre galos y númerados, con la orden de hacer un pillaje en las tierras de aquéllos. Estas tropas en-

<sup>116</sup> Actualmente Casteggio, cerca de Pavia.

viadas cumplieron su misión y recogieron botín en abundancia; rápidamente los galos se presentaron ante la empalizada romana en demanda de ayuda. Tiberio Sempronio buscaba desde hacía tiempo una ocasión para intervenir; tomó esto como pretexto y envió la mayor parte de su caballería, y con ella un millar de soldados de a pie, armados de jabalinas. Éstos combatieron con gran ardor al otro lado del Trebia y disputaron el botín a los enemigos; lograron que los galos y los númidas se retiraran a su propio vallado. Los jefes del campamento cartaginés comprendiendo al instante lo que ocurría, ayudaban con sus reservas desde sus posiciones a los que estaban en situación difícil; al ocurrir esto, fueron los romanos los que volvieron la espalda y se retiraron, a su vez, a su propia empalizada. Tiberio Sempronio, al verlo, envió a todos sus jinetes y a los lanceros. Ante su ataque, los galos cedieron de nuevo y se fueron retirando en vistas a su propia seguridad. El general cartaginés no estaba preparado para jugárselo todo en una batalla. Juzgaba que una batalla decisiva no debe librarse sin un plan preconcebido ni por cualquier oportunidad, lo que hay que reconocer que es propio de un buen general. De momento retuvo a los que estaban junto a él en la empalizada, y les obligó a revolverse y a afrontar al enemigo, pero les impidió que salieran en su persecución y le afrontaran; les reclamaba por medio de sus oficiales y de trompeteros. Los romanos aguardaron un breve tiempo y se retiraron: habían perdido a algunos de los suyos, pero habían causado muchas más bajas a los cartagineses.

**70** Tiberio, exaltado y alborozado por aquel triunfo, ansiaba entablar lo antes posible una acción decisiva. Debido a la enfermedad de Escipión, tenía la ocasión de tratar aquella situación según sus criterios personales. Pero, con todo, quería saber también la opinión

de su colega en el mando, y dialogaba con él acerca de estos temas. En cuanto a la situación de entonces, Escipión creía lo contrario: suponía que las legiones, si durante el invierno se ejercitaban, mejorarían su preparación. Creía, además, que la versatilidad de los galos no les mantendría leales a los cartagineses cuando éstos estuvieran inactivos y se vieran obligados a permanecer ociosos, sino que harían alguna cosa nueva contra ellos. Y por encima de todo esperaba que él, personalmente, curado ya de la herida, sería de una utilidad positiva para los intereses comunes. Por todas estas previsiones pedía a Sempronio que se atuviera a lo planeado. Éste sabía que todo aquello había sido dicho de modo acertado y oportuno, pero empujado por su amor a la gloria y confiando en la situación, se apresuró, de un modo irracional, a jugarse él mismo el todo por el todo, sin que Escipión pudiera participar en la batalla, ni los cónsules nombrados pudieran tomar el mando, aunque era ya el tiempo de hacerlo. Evidentemente, Tiberio Sempronio no cumplía con su deber, ya que escogía no lo oportuno en aquella situación, sino su propia oportunidad.

Aníbal tenía una idea muy semejante a la de Escipión en cuanto a la situación de entonces, y deseaba todo lo contrario, entablar batalla con el enemigo. Pretendía, antes que nada, aprovechar el ardor de los galos cuando todavía estaba intacto. Además, iba a pelear contra unas tropas romanas bisoñas, todavía no experimentadas. En tercer lugar, quería combatir mientras duraba todavía la invalidez de Escipión. Y lo que pretendía, por encima de todo, era hacer algo y no perder el tiempo inútilmente: quien ha situado sus ejércitos en un país extranjero y se dispone a empresas increíbles, sólo tiene una manera de salir adelante: renovar constantemente las esperanzas de los aliados.

- 12 Aníbal, pues, sabedor del ataque inmediato de Tiberio Sempronio, estaba en estas condiciones.
- 71 Desde hacía tiempo se había fijado en que entre los campamentos había un lugar llano y pelado, que era muy propio para una emboscada: corría por él un riachuelo en cuyas orillas había zarzas y espinos que las recubrían totalmente; Aníbal se propuso tender allí una trampa al enemigo y aplastarle.
- 2 En efecto: iba a pasar fácilmente desapercibido, ya que los romanos desconfiaban de lugares boscosos, puesto que los galos preparaban sus celadas en ellos; en cambio, no sospechaban de lugares llanos y sin ve-
- 3 getación: no se daban cuenta de que para ocultarse sin sufrir daño los emboscados son más adecuados estos lugares que los boscosos: en ellos se puede divisar desde muy lejos; en la mayoría de estos parajes hay
- 4 escondrijos suficientes. Un riachuelo cualquiera con una pequeña escarpadura, a veces unas cañas, unos helechos o cualquier planta espinosa es suficiente para ocultar no sólo la infantería sino con frecuencia incluso la caballería, con tal de que se tenga la mínima precaución de colocar las armas debajo, pegadas al suelo,
- 5 y de esconder los cascos debajo de los escudos. Entonces, el general cartaginés deliberó con su hermano Magón y los demás consejeros acerca de la batalla inminente, y todos aprobaron sus planes. Durante la cena del ejército Aníbal llamó a Magón, su hermano, joven
- 6 lleno de ardor e instruido desde su infancia en el arte de la guerra, y reunió asimismo a cien hombres de
- 7 caballería e igual número de infantería. Todavía no había caído la noche cuando eligió a los hombres más vigorosos de todo el campamento y les dijo que en
- 8 concluyendo la cena se presentaran en su tienda. Les incitó y les infundió el coraje que la ocasión requería, tras lo cual hizo que ellos mismos seleccionaran de sus propias formaciones a los diez soldados más va-

lientes, y que se dirigieran con ellos a un lugar de la acampada. Ellos cumplieron la orden, y a éstos, que 9 eran mil soldados de caballería y otros tantos de infantería, Aníbal les mandó de noche a la emboscada; a su cabeza puso unos guías, y dio instrucciones a su hermano en cuanto al momento del ataque. Él mismo, 10 al rayar el día, concentró a la caballería nómada, hombres excepcionalmente sufridos, les exhortó, prometió recompensas a los más valientes, y les mandó que se aproximaran al atrincheramiento enemigo, que cruzaran rápidamente el río y que, provocando escaramuzas, hicieran mover a los romanos; intentaba coger al adversario en ayunas y no preparado para lo que se le echaba encima. Juntó también a los demás comandan- 11 tes, les arengó de modo semejante para la refriega, dispuso que todos tomaran alimento y que se pusieran muy a punto armas y caballos.

72 Cuando vio que la caballería nómada se aproximaba, Tiberio envió al punto a la suya propia, con la orden de establecer contacto con el enemigo y atacarle. A 2 continuación hizo salir a sus lanceros de a pie, unos seis mil<sup>117</sup>, e iba moviendo también desde el vallado al resto de sus tropas, como si su aparición fuera a decidir todo; pues estaba excitado por el número de sus hombres y por lo sucedido la víspera con sus jinetes. La estación era ya el solsticio de invierno<sup>118</sup>, y 3 el día era muy nevoso y extremadamente frío. Los hombres y caballos romanos habían salido prácticamente todos en ayunas, por así decirlo. Inicialmente el ardor y el afán sostuvieron a las tropas romanas. Pero al 4 atravesar el río Trebia, cuyo caudal había crecido debido a las lluvias caídas por la noche en los lugares

<sup>117</sup> Son los *velites* de las legiones romanas, infantería armada de lanzas.

<sup>118</sup> Hacia el 20 de diciembre del año 218.

situados encima de los campamentos, la infantería realizó la travesía a duras penas, porque el agua les llegaba al pecho. Esto, y el hambre y el frío, produjo grandes penalidades al ejército romano, pues el día había avanzado mucho. Los cartagineses habían comido y bebido dentro de sus tiendas, tenían bien dispuestos a sus caballos, se untaban con grasa y se armaban alrededor de las fogatas.

7 Aníbal acechaba la ocasión, y así que vio que los romanos se habían puesto a cruzar el río, mandó por delante, como cobertura, a sus lanceros de a pie y a los baleares, en conjunto unos ocho mil hombres, y luego hizo salir al grueso de su ejército. Avanzó ocho estadios frente a su propio campamento, y formó una sola línea con su infantería, veinte mil hombres en número, iberos, galos y africanos. Distribuyó su caballería por las alas, en número de más de diez mil, contando la de los aliados galos; dividió a sus elefantes y los situó delante de las dos alas.

10 En aquel momento Tiberio llamaba hacia sí a su propia caballería, al ver que no tenían nada que hacer contra aquel enemigo, ya que los númidas se retiraban con facilidad, dispersándose, pero se revolvían y atacaban de nuevo con audacia y temeridad; los númidas acostumbra a pelear de este modo. Sempronio alineó su infantería según la táctica habitual romana. Los romanos propiamente dichos eran dieciséis mil, y sus aliados unos veinte mil. Entre los romanos un ejército completo para operaciones de gran envergadura cuenta con este número de hombres, esto cuando las circunstancias llevan a pelear conjuntamente a los dos cónsules. A continuación distribuyó su caballería por las alas, unos cuatro mil hombres, y avanzó contra el enemigo altanaramente, en orden y haciendo la progresión paso a paso.

Cuando los dos bandos estaban ya cerca uno de otro, la infantería ligera que precedía ambas formaciones trabó combate. Los romanos se vieron en inferioridad en muchos lugares; a los cartagineses, por el contrario, la acción les era ventajosa, porque los lanceros romanos sufrían penalidades ya desde la aurora. Y habían disparado la mayoría de sus dardos en la refriega contra los númidas; las jabalinas que les restaban habían quedado inutilizadas por la persistencia de la humedad. Y lo mismo ocurría a la caballería y a todo el ejército. Los cartagineses, totalmente al revés: formados, y con un vigor intacto, sin experimentar fatiga, eran siempre efectivos y se afanaban allí donde fuera necesario. Por eso, cuando en sus espacios vacíos recogieron a los que habían iniciado el combate y se enzarzaron las tropas de la infantería pesada, la caballería de los cartagineses presionó en el acto desde ambas alas al enemigo; era muy superior en número de caballos y la fatiga no había hecho mella en ella, pues acababa de entrar en acción. La caballería romana retrocedió, y al quedar desguarnecidas las alas de su formación, los lanceros cartagineses y la masa de los númidas rebasaron las avanzadillas propias, cayeron sobre los flancos romanos, en los que causaron grandes estragos, y no les permitieron combatir a los que les atacaban de frente. Las infanterías pesadas, que en ambos bandos ocupaban el frente y el centro de las formaciones respectivas, sostuvieron durante largo tiempo un cuerpo a cuerpo, con lo cual la pugna no se decidía.

En aquel momento se levantaron los númidas que estaban en la emboscada y atacaron súbitamente por la espalda a los romanos que luchaban en el centro; en las tropas romanas se produjo una gran confusión y dificultad. Al final las dos alas de las fuerzas de Tiberio, presionadas fuertemente por los elefantes y en

los flancos por la infantería ligera, volvieron la espalda, y en su huida se vieron empujados hasta el río que tenían a retaguardia. Al ocurrir esto, de los romanos colocados en el centro del combate, los que formaban detrás morían por el ataque de los emboscados y lo pasaron mal; los que estaban en primera línea, forzados, derrotaron a los galos y a una parte de los africanos: mataron a muchos de ellos y rompieron las líneas cartaginesas. Pero al ver que sus camaradas de las alas habían sido derrotados, renunciaron tanto a prestarles ayuda como a regresar a su campamento: pensaron que la caballería cartaginesa era demasiado numerosa. Además, el río era un obstáculo, y la lluvia caía continua y pesadamente sobre sus cabezas. Se mantuvieron, pues, en formación, y se retiraron agrupados en seguridad hacia Placencia, en número no inferior a diez mil. La mayoría de los restantes murió junto al río por la acción de los elefantes y de la caballería cartaginesa. Los soldados de infantería que consiguieron escapar y la mayoría de la caballería se retiraron también, como se dijo antes, y llegaron con los demás a Placencia.

El ejército de los cartagineses, que había acosado hasta el río al enemigo, ya no pudo progresar más debido a la lluvia, y se retiró a su campamento. Todos estaban contentos sobremanera, porque las cosas les habían salido a derechas. En total habían muerto unos pocos iberos y africanos: la mayoría de bajas eran de galos. Pero la lluvia y una nevada que cayó posteriormente los puso también en tan mala situación que se les murieron todos los elefantes menos uno, y también perecieron de frío muchos hombres y caballos.

Tiberio Sempronio, aunque sabía lo ocurrido, quería ocultarlo lo más posible a los de Roma, y envió unos mensajeros que explicaran que se había librado una batalla, pero que el tiempo invernal les había frus-

trado la victoria. Los romanos, primero, dieron fe a tales anuncios, pero poco después se enteraron de que los cartagineses les habían llegado a acechar el campamento, de que todos los galos se habían decidido por su amistad, de que los suyos habían abandonado el campamento, que después de la batalla se habían retirado y se habían concentrado todos en las ciudades<sup>119</sup>, y de que eran aprovisionados desde el mar remontando el curso del Po; supieron, en suma, con demasiada claridad lo ocurrido en la batalla. A pesar de que les parecía un hecho paradójico, se dedicaron con gran intensidad a custodiar los puntos peligrosos y a efectuar otros preparativos. Enviaron legiones a Cerdeña y a Sicilia, y, además, guarniciones a Tarento y a otros lugares estratégicos; equiparon, también, sesenta na- ves quinquerremes. Cneo Emilio y Cayo Flaminio, que acababan de ser nombrados cónsules, concentraron a los aliados, y reclutaron legiones nuevas para ellos. Establecieron además depósitos de víveres, unos en Rímini y otros en Etruria, porque pensaban hacer la marcha por estos lugares. Enviaron legados a Hierón en demanda de ayuda, y éste les mandó quinientos cretenses y mil peltastas<sup>120</sup>; los romanos lo iban disponiendo activamente todo, porque siempre que les rodea un peligro real son muy temibles, tanto particular como colectivamente.

*Los hechos  
de España*

En la misma época Cneo Cornelio, nombrado por su hermano Publio comandante de las fuerzas navales, según dije más arriba<sup>121</sup>, zarpó con toda la flota desde las bocas del Ródano y alcanzó España por los parajes cer-

<sup>119</sup> Piacenza y Cremona.

<sup>120</sup> Cf. nota 169 del libro II.

<sup>121</sup> Cf. nota 49, 4 de este libro.

2 canos a la ciudad llamada Ampurias<sup>122</sup>. Empezando desde allí hacía desembarcos e iba asediando a los habitantes de la costa hasta el río Ebro que le rechazaban; en cambio, trató benignamente a los que le acogieron, 3 y les protegió de la mejor manera posible. Aseguró, pues, las poblaciones costeras que se le habían pasado, y avanzó con todo su ejército hacia los territorios del 4 interior. Había reunido ya un gran número de aliados de entre los españoles. A medida que avanzaba se atraía 5 a unas ciudades y sometía a otras. Los cartagineses dejados en estos parajes al mando de Hannón acamparon frente a los romanos cerca de una ciudad llamada Cissa<sup>123</sup>. Cneo Cornelio formó a sus tropas y libró un combate del cual salió victorioso, con lo que se adueñó de muchas riquezas, ya que las tropas cartaginesas que 6 habían marchado a Italia habían confiado sus bagajes a los cartagineses de aquí. Cneo Cornelio convirtió en amigos y aliados a todos los naturales del país que habitaban al norte del Ebro; cogió vivo al general de los 7 cartagineses Hannón y al caudillo ibero Indibil<sup>124</sup>; éste detentaba el mando de aquellos lugares de tierra adentro, y había sido siempre muy amigo de los cartagineses. Enterado muy pronto de lo sucedido, Asdrúbal 8 cruzó el río Ebro y acudió a prestar ayuda.

9 Se enteró de que las tripulaciones de la flota romana, dejadas allí, al saber los triunfos de sus ejércitos de tierra, se habían dispersado de manera confiada 10 y negligente; concentró, pues, unos ocho mil hombres

<sup>122</sup> Cf. nota 89 de este libro.

<sup>123</sup> El P. ANTONIO RAMON, *Polibi*, III, pág. 21, nota al pie, sugiere que se trata de la población de Guissona, a las orillas del río Cíó, en la provincia de Lérida.

<sup>124</sup> Una respetable tradición le hace jefe de los ilergetes que vivían por tierras leridanas. El gran dramaturgo catalán ÁNGEL GUIMERÀ le hizo protagonista de su tragedia *Indibil i Mandoni*.

de infantería de su propio ejército y mil jinetes, sorprendió diseminados por el país a los romanos de las naves, mató a muchos de ellos y obligó a los demás a huir hacia sus propias embarcaciones.

Asdrúbal entonces se retiró, cruzó de nuevo el río 11 Ebro y se preocupó de la guarnición y defensa de los parajes situados detrás del río; pasó el invierno en Cartagena; Cneo alcanzó de nuevo a su flota, castigó 12 según la usanza romana<sup>125</sup> a los culpables de lo sucedido, concentró en un solo punto a sus fuerzas terrestres y navales y estableció su campamento de invierno en Tarragona. En previsión del futuro repartió el botín 13 en partes iguales entre sus soldados, lo cual les infundió gran ardor para el futuro y simpatía hacia él.

Tal era la situación en Espa- 77  
ña. Llegada la primavera<sup>126</sup>, Cayo  
Flaminio recogió sus fuerzas,  
avanzó a través de la Etruria y  
acampó junto a la ciudad de los

#### *En Italia*

arretinos. Cayo Servilio, a su vez, se dirigió a Rímimi 2 para vigilar por aquí la invasión de los enemigos.

Aníbal, que pasaba el invierno en territorio galo, 3 retenía en custodia a los romanos que había cogido prisioneros en la batalla, y les suministraba los víveres justos para sobrevivir; a los aliados de los romanos, 4 en cambio, ya de buenas a primeras les trató con humanidad; después los reunió y les dijo, en tono exhortatorio, que no se había presentado a pelear contra ellos, sino a su favor, y contra los romanos, por lo cual 5 era indispensable, afirmó, que si estaban en su sano juicio se hicieran amigos de él, ya que se encontraba 6 allí, ante todo, para lograr la libertad de los italianos,

<sup>125</sup> La usanza romana era decapitar a los culpables del desastre.

<sup>126</sup> Del año 217.

y al propio tiempo para salvar las ciudades y al país que cada uno de ellos había perdido a manos de los romanos.

7 Tras estas afirmaciones les remitió a todos a sus países sin exigir rescate, con la intención a la vez de atraerse de este modo a los que habitaban Italia, y de que éstos se enajenaran su simpatía hacia los romanos; pretendía además excitar a los que pensaban que la dominación romana había causado algún daño a sus ciudades o a sus puertos<sup>127</sup>.

78 Además, durante el período invernal usó de esta 2 estratagema, ciertamente fenicia. Temía la inconstancia de los galos, e incluso algún atentado contra su persona, porque sus relaciones con ellos eran muy recientes, de modo que se preparó unas pelucas, adaptadas a las diversas edades de la vida y a sus distintos 3 aspectos, y las utilizó cambiándolas constantemente; también se mudaba los vestidos, adecuándolos a aqué- 4 llas. Todo esto le hizo difícil de reconocer no sólo a los que le habían visto alguna vez de pasada, sino incluso 5 a los que le trataban habitualmente. Veía también que los galos estaban molestos porque la guerra se desarrollaba en su propio territorio, y que estaban impacientes y deseosos de llevarla a tierras enemigas, aparentemente por su odio a los romanos, pero en realidad más por el provecho a obtener. Aníbal, pues, tomó la decisión de levantar el campo lo más pronto posible y satisfacer los deseos de sus tropas.

6 Por eso, al tiempo de cambiar la estación se informó por los que parecía que conocían mejor el

<sup>127</sup> Aquí hay un problema de tradición manuscrita que condiciona la traducción. Aquí se ha adoptado la lectura de los códices, que es la aceptada por Büttner-Wobst; Schweighäuser propone una variante textual que, de aceptarse, da el sentido: «a los que pensaban que es difícil decir los puertos que los romanos quitaron a los galos».

país y supo que las rutas que llevaban a tierra enemiga eran largas y familiares al adversario; en cambio, había un camino que, a través de las marismas, conducía a la Etruria. La marcha iba a ser penosa, pero breve, y, además, inesperada para Flaminio y los suyos. Como 7 por su natural estas empresas le eran habituales, Aníbal determinó avanzar por esta ruta. Por el campamento corrió el rumor de que el general les iba a 8 conducir por terrenos pantanosos, y todo el mundo mostró sus reservas ante tal itinerario, porque se imaginaban las ciénagas y los atolladeros de aquellos parajes.

Cuando se hubo asegurado cuidadosamente de que 79 los lugares de la ruta eran cenagosos, pero firmes, Aníbal levantó el campo. Situó en vanguardia a los africanos y a los iberos, y, además, al contingente más útil de todo su ejército. Y entre éstos colocó el bagaje 2 para que, de momento, disfrutaran de provisiones; para el futuro ya no le importaba en absoluto el aprovisionamiento; pensaba que, al llegar a territorio enemigo, si era vencido, ya no precisaría de nada indispensable, y si triunfaba en una batalla campal, no carecería de provisiones. Detrás de los hombres cita- 3 dos colocó a los galos, y, cerrando la formación, a la caballería. Puso a su hermano Magón como jefe de 4 la retaguardia, más que nada porque los galos eran blandos y aborrecían las penalidades; si, al sufrirlas, intentaban retroceder, Magón podría impedirselo con la caballería, que se les echaría encima.

Los iberos y los africanos hicieron la marcha por 5 las marismas aún no removidas, y la concluyeron con penalidades soportables, puesto que todos eran gente sufrida y habituada a tales dificultades, pero los galos 6 avanzaban difícilmente, ya que el fondo de las marismas había sido revuelto y hollado. Soportaron aquella dificultad penosa y difícilmente, como hombres que

- 7 no estaban acostumbrados a aquellas molestias. No lograron retroceder por los jinetes que tenían detrás.
- 8 Todos lo pasaron muy mal, principalmente porque no podían dormir, ya que marcharon continuamente cuatro días y tres noches a través del agua; los que lo sufrieron más, y perecieron en número mayor que los
- 9 restantes, fueron precisamente los galos. La mayoría de las acémilas cayó en los lodazales y murió; su caída,
- 10 con todo, prestaba una utilidad a los hombres, porque si se sentaban encima de ellas y de los bagajes lograban emerger del agua y descabezar un breve sueño
- 11 durante la noche. No pocos caballos perdieron las pezuñas debido a la marcha continua encima del lodo.
- 12 Y el mismo Aníbal se salvó con dificultad a lomos del único elefante superviviente, pasando muchas penalidades. Sufría, además, dolores terribles por una fuerte inflamación ocular que padecía y que acabó privándole de la visión en un ojo, ya que en aquella situación no se podía detener ni cuidar.
- 13 Aníbal atravesó, pues, increíblemente aquellos lugares pantanosos<sup>128</sup>, y tras sorprender en la Etruria a Flaminio, que había acampado delante de la ciudad de los arretinos, entonces lo hizo él mismo a la salida de
- 2 las marismas; quería que sus fuerzas se recuperaran, e informarse al propio tiempo sobre el enemigo y los
- 3 territorios que tenía delante. Supo que aquel país rebosaba de recursos de toda clase y que Flaminio era un hombre ávido de popularidad y un demagogo total, desconocedor absoluto de cómo se dirigen las empresas bélicas; además tenía una confianza ciega en sus propias fuerzas.
- 4 Aníbal, pues, pensó que si lograba rebasar el campamento romano y establecerse él mismo en el país

<sup>128</sup> Estas marismas estaban en los territorios de Bolonia a Pistoya.

que tenía a la vista, Flaminio, recelando la burla de sus tropas, no podría contemplar con indiferencia que el país fuera devastado; herido en su orgullo, Flaminio estaría dispuesto a seguirle a cualquier lugar, afanoso de triunfar él solo, sin esperar la llegada del que compartía el mando con él.

Por todo ello Aníbal supuso que Flaminio le daría 5 muchas oportunidades de atacarle. Todo esto lo calculaba con lógica y sentido práctico.

No sería natural decir otra 81 cosa: si alguien cree que en el arte de la guerra hay algo más importante que conocer las preferencias y el carácter del gene-

ral enemigo, es un ignorante y está cegado por la soberbia. Así como en los duelos personales o en las 2 luchas cuerpo a cuerpo el que pretende vencer ha de examinar cómo podrá alcanzar su objetivo y qué parte de sus antagonistas se muestra desnuda y desarmada<sup>129</sup>, igualmente es indispensable que los responsa- 3 bles máximos de una empresa guerrera examinen no qué parte del cuerpo está al descubierto, sino qué parte del espíritu del general adversario se muestra vulnerable.

Porque muchos por su indolencia y por una inope- 4 rancia total arruinan no sólo las empresas del estado, sino que, simplemente, pierden sus propias vidas. Por 5

<sup>129</sup> Posible reflejo de la muerte de Héctor, *Iliada* XXI 318-325: «... tal la punta fulgía, de la espada de Aquiles, acerada, que él en su diestra mano blandiendo iba, meditando cómo la muerte dar al divino Héctor, y atisbando por qué parte cedería mejor su bella carne. Mas Héctor lleva el cuerpo totalmente cubierto por las armas que a Patroclo —bellas armas bronceas— le quitara, y sólo como un claro aparecía, la parte en que del hombro separan las clavículas el cuello y por donde es más rápida la muerte...» (traducción del P. DANIEL RUIZ BUENO).

la pasión que sienten por el vino muchos no logran conciliar el sueño si no se enajenan y emborrachan; otros, en su afán de placeres venéreos, por el transporte que éstos comportan, no sólo arruinaron sus ciudades y haciendas, sino que perdieron incluso su vida con deshonor.

7 La cobardía y la flojedad en la vida privada reportan oprobio a quienes las tienen, pero si se dan en un comandante en jefe, constituyen una calamidad pública y el mayor de los desastres. Pues no sólo convierten en ineficaces a los esclavizados por ellas, sino que muchas veces exponen a los mayores riesgos a los que les están confiados. La temeridad, la audacia y el coraje irracional, e incluso la vanagloria y la soberbia son cosas que van muy bien al enemigo, pero muy peligrosas para los amigos; un hombre así es accesible a cualquier asechanza, emboscada o engaño. Si alguien pudiera aperebirse de los errores de los demás y atacar al adversario allí por donde el general enemigo es principalmente vulnerable, su triunfo total sería inmediato. Si alguien priva a una nave de su timonel, toda la embarcación y sus hombres caerán en manos del enemigo: de la misma manera, si alguien en la guerra es capaz de manipular por previsión y cálculo al general enemigo, muchas veces logrará vencer totalmente, hombre por hombre, a sus oponentes. En aquella ocasión Aníbal, por haber previsto y calculado lo que se refería al general enemigo, no se engañó en su plan.

82 En efecto, tan pronto como Aníbal levantó el campo, partiendo de la región de Fiésole, rebasó mínimamente el campamento romano e invadió la región que tenía delante, Flaminio se excitó al punto y se llenó de furor: se creía víctima del desdén del enemigo. Después, al quedar devastado el país y señalar las colum-

*Avance de Aníbal*

nas de humo que la ruina era total, el romano se irritó; creía que lo ocurrido era intolerable. Algunos oficiales romanos eran del parecer de que no se debía seguir de cerca al enemigo, y mucho menos trabar combate, sino precaverse y tener en cuenta que la caballería cartaginesa era muy numerosa; ante todo era indispensable aguardar al segundo cónsul y dar la batalla con los dos ejércitos romanos reunidos. Pero Flaminio desestimó estas opiniones, y a duras penas soportó la presencia de los que las manifestaban. Les incitó a pensar en lo que, naturalmente, dirían los que habían quedado en Roma si el país llegaba a ser destruido casi en las puertas de la ciudad, esto cuando ellos estaban acampados en la Etruria, en la retaguardia del enemigo.

7 Cuando habló en estos términos, finalmente, levantó el campo y avanzó con sus tropas sin examinar ni la oportunidad ni el territorio, con el sólo afán de caer sobre el enemigo, como si la victoria de los romanos fuera algo incuestionable. Tal fue la confianza que infundió en las multitudes, que mayor que el de los hombres que empuñaban armas era el número de los que, ajenos a la formación, les seguían, ávidos de ganancia: llevaban cadenas, grilletes y todo tipo de objetos por el estilo <sup>130</sup>.

9 Aníbal, por su parte, avanzaba por la Etruria en dirección a Roma; tenía a la izquierda la ciudad llamada de Crotona y los montes que la circundan; a la derecha, el lago llamado Trasimeno <sup>131</sup>. A medida que progresaba quemaba y talaba el país; quería provocar el coraje del adversario. Cuando vio que Flaminio estaba ya en contacto con él se aperebió de unos parajes

<sup>130</sup> Cadenas y grilletes para llevarse como esclavos, comprados, a los cartagineses caídos prisioneros en manos de los romanos.

<sup>131</sup> En la Umbría, no lejos de Perugia.

aptos para la lucha y se dedicó a preparar la batalla.

83 En el camino había un valle en pendiente, y en toda su longitud, a ambos lados, se levantaban collados altos y contiguos<sup>132</sup>; por la parte delantera opuesta este desfiladero estaba obstaculizado en toda su abertura por un monte escarpado y difícil; por la parte de atrás había un lago que dejaba sólo un paso muy estrecho en dirección al desfiladero, al pie de la cadena montañosa.

- 2 Aníbal lo atravesó bordeando el lago y ocupó personalmente la altura que se oponía frontalmente al camino; acampó allí con los africanos y los iberos.
- 3 Destacó a los baleares y a los lanceros de la vanguardia bajo los collados de la derecha del desfiladero, y
- 4 los situó estirando su línea lo más posible. Y lo mismo hizo con los galos: les mandó que rodearan los collados de la izquierda, y les extendió en una hilera continua, de manera que los últimos ocupaban ya el acceso que, entre el lago y las cadenas montañosas, conduce
- 5 hacia el lugar mencionado. Aníbal lo había dispuesto todo durante la noche, y había rodeado de emboscadas el valle en pendiente; después quedó a la expectativa.
- 6 Flaminio le seguía los pasos, deseoso de establecer
- 7 contacto con los enemigos. En la víspera había acampado junto al lago, ya muy entrado el día. Cuando apuntó el alba del siguiente mandó que su vanguardia avanzara y bordeara el lago hasta la misma entrada del valle, con intención de atacar al adversario.

<sup>132</sup> El lugar exacto de la batalla de Trasimeno ha sido muy discutido, pero es obvio que aquí no se puede ni esbozar la discusión. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., con un gráfico de la batalla en la pág. 416.

El día era muy brumoso. Aníbal, así que la mayoría de romanos que marchaban había penetrado en el valle, y la vanguardia del adversario había establecido

*Batalla del  
lago Trasimeno*

contacto con él mismo, dio la consigna, que transmitió a todos los emboscados, y atacó por todas partes al enemigo. Su aparición resultó inesperada a los hombres de Flaminio; debido a las condiciones atmosféricas les era difícil comprender la situación. El enemigo arremetía desde muchos lugares dominantes y se les echaba encima. Los comandantes y los oficiales romanos no sólo no podían acudir a prestar ayuda allí donde era necesario, sino que ni tan siquiera se apercibían de lo que pasaba, porque les atacaban por la vanguardia, por la retaguardia y por los flancos. Ocurrió, por consiguiente, que la mayoría murieron en la misma formación en marcha, sin defensa posible; en la práctica se vieron entregados por la impericia de su jefe. Perecían sin esperárselo, cuando todavía discutían lo que se debía hacer. En aquella ocasión el mismo Flaminio, indeciso y abatido por aquella calamidad, murió a manos de unos galos que se le abalanzaron encima. En el desfiladero murieron unos quince mil romanos, que no cedieron a las circunstancias, pero que no pudieron hacer nada: según su costumbre, dieron la máxima importancia a no huir y a no abandonar la formación.

Los que, en la marcha, se vieron copados dentro del valle, entre el lago y la cadena montañosa, perecieron de manera vergonzosa y aún más miserable. En efecto: rechazados hacia el lago, unos se lanzaron obcecados, y nadaron cargados con las armas hasta ahogarse; la mayoría se adentró en el agua lo más posible y permanecieron allí sacando únicamente la cabeza. Cuando la caballería cartaginesa les alcanzó

comprendieron que estaban perdidos sin remisión: levantaban los brazos y suplicaban que les cogieran vivos; emitían voces de todas clases. Al final, unos murieron a manos del enemigo y otros se incitaron a darse muerte mutuamente. Es verdad que quizá seis mil romanos del desfiladero derrotaron al adversario que tenían delante, pero no lograron cercarle ni prestar apoyo a los suyos, porque no veían nada de lo que sucedía, siendo así que hubieran podido ser de gran utilidad en la batalla. En su anhelo de avanzar, progresaban convencidos de que caerían encima de algún enemigo; sin apercibirse de ello, llegaron a ocupar las alturas. Ya eran dueños de ellas cuando escampó la niebla y comprendieron la magnitud del desastre; incapaces ya de cualquier cosa porque el enemigo lo dominaba y lo ocupaba todo, dieron la vuelta y se replegaron a una aldea etruria. Después de la batalla Aníbal mandó allí a Maharbal con los iberos y algunos lanceros, que asediaron la aldea. Los romanos, rodeados de tantas calamidades, depusieron las armas y se entregaron a condición de salvar sus vidas.

15 La guerra total librada entre romanos y cartagineses en Etruria acabó de esta manera.

85 Cuando fueron conducidos a su presencia los prisioneros romanos que se habían rendido con condiciones, y al propio tiempo los demás, Aníbal les reunió a todos, en número de más de quince mil. En primer lugar puso en claro que Maharbal no tenía competencia, si él personalmente no se la otorgaba, de ofrecer seguridades a los que se habían entregado por un pacto; después lanzó acusaciones contra los romanos. Cuando acabó, repartió a los romanos cogidos prisioneros entre los batallones cartagineses para su custodia, y a los aliados de los romanos les remitió a sus propias patrias sin exigir rescate alguno. Les repitió las mismas palabras que a los de antes: que estaba allí

no para combatir contra los italianos, sino contra los romanos en pro de la libertad de los italianos.

Hizo descansar a sus tropas e hizo enterrar a los 5 muertos más ilustres de su propio ejército, que, en número, eran unos treinta. Todos los muertos eran unos mil quinientos, galos en su mayoría. Después de hacer 6 esto, deliberó con su hermano y sus amigos dónde y cómo debería emprender el ataque, seguro ya de la victoria final.

Al llegar a Roma la noticia de la desgracia acontecida, los magistrados de la ciudad fueron incapaces de disimular, o al menos de velar la magnitud del desastre, enorme como era: se vieron forzados a declarar el hecho a la multitud, para lo cual habían congregado la asamblea del pueblo. Cuando el pretor subió 8 a la tribuna y declaró a la multitud reunida: «Hemos perdido una gran batalla», se produjo tal consternación que quienes habían vivido ambas circunstancias creyeron que lo sucedido entonces era mucho peor que lo ocurrido en la propia batalla. Y es lógico que fuera 9 así: hacía muchísimo tiempo que ni de palabra ni de hecho se había reconocido una derrota, y el pueblo no soportó el desastre con moderación ni con dignidad. Pero no obró igual el senado, sino que se mantuvo en 10 las previsiones oportunas, y deliberó acerca del cómo y qué debía hacer en el futuro cada uno.

*Aníbal marcha  
hacia el Adriático.  
Situación en Roma*

Precisamente durante los días 86 de esta batalla Cneo Servilio, el cónsul que mandaba en la región de Rimini situada frente a la 2 costa del Adriático, allí donde las llanuras galas limitan con el resto de Italia, no lejos de la desembocadura de las bocas del Po en el mar, sabedor de que Aníbal había invadido la Etru- 3 ria y de que había acampado frente a Flaminio, se propuso juntársele con todas sus tropas. Pero imposi-

bilitado por la lentitud de su ejército destacó a toda prisa a Cayo Centenio, a quien confió cuatro mil jinetes; por si las necesidades lo exigían, quería que éste se adelantara antes de llegar él mismo. Aníbal se enteró del socorro enemigo cuando la batalla ya había concluido, y envía a Maharbal con los lanceros y parte de la caballería. Estos acometieron a los hombres de Cayo, y en la primera refriega mataron casi a la mitad de ellos; persiguieron a los restantes hasta una loma, y al día siguientes los cogieron prisioneros a todos.

6 En la ciudad de Roma hacía tres días que se había anunciado la pérdida de la batalla; la consternación había alcanzado su punto máximo, y cuando sobrevino este segundo desastre, no sólo el pueblo, sino el mismo 7 senado cayó en un profundo desaliento. Dejaron de lado la discusión de los asuntos del año y la provisión de las magistraturas, y deliberaron a fondo sobre la situación; creían que ella y las circunstancias presentes exigían un dictador<sup>133</sup>.

8 Aníbal, aunque confiaba ya en una victoria total, por el momento renunció a acercarse a Roma; iba recorriendo el país y lo devastaba impunemente: 9 rigía su marcha en dirección al Mar Adriático. Atravesó los territorios de los umbros y el de los picenos, 10 y al cabo de diez días llegó a la región adriática. Se había apoderado de un botín tan grande, que su ejército se veía incapaz de llevar y de transportar sus ganancias. Además, durante la marcha causó muchas 11 bajas al enemigo; tal como ocurre en la conquista de ciudades, también entonces se pasó la orden de matar a todos los hombres en edad militar que encontraran. Y esto lo hacía por su odio congénito contra los romanos.

<sup>133</sup> El mismo Polibio explica, algo más abajo (87, 7-8), la figura jurídica del dictador romano.

En esta ocasión, cuando Aníbal acampó en la costa 87 del Adriático, en una tierra muy fértil, que da frutos de todas clases, puso un interés especial en curar y recuperar a sus hombres, no menos que a los caballos. Había pasado el invierno al aire libre en el territorio 2 de los galos; el frío y la falta de cuidados, las penalidades posteriores y el paso por los lugares pantanosos habían producido en casi todos los caballos y también en los hombres la llamada sarna del hambre y malestares semejantes. Aníbal, convertido en dueño 3 de un país ubérrimo, restableció el cuerpo de sus caballos y el cuerpo y el espíritu de sus hombres. Cambió el equipo de los africanos a la manera romana, con armas escogidas de entre tantos despojos como había capturado. También en este momento mandó 4 por mar legados a Cartago, que describieran lo sucedido. Pues entonces por primera vez tocó la costa desde que había penetrado en Italia. Cuando los oye- 5 ron, los cartagineses exultaron de alegría, y pusieron todo su interés y providencia en ayudar, de todos los modos posibles, a las acciones de Italia y de España.

Los romanos, por su parte, nombraron dictador a 6 Quinto Fabio<sup>134</sup>, hombre de prudencia excepcional y de ilustre nacimiento. Todavía hoy entre nosotros los hombres de su linaje son llamados Máximos, es decir, los más grandes, debido a las acciones y a los éxitos de aquél. He aquí las diferencias que hay entre un dic- 7 tador y los cónsules. Éstos tienen, cada uno, un cortejo de doce lictores, mientras que el dictador lo tiene de veinticuatro. Los cónsules muchas veces necesitan del 8 senado para ejecutar sus planes; el dictador es un general que goza de plenos poderes. Cuando ha sido nombrado, en Roma se anulan todas las magistratu-

<sup>134</sup> Ha pasado a ser proverbial en la historia bajo el nombre de *Fabius Maximus* o bien *Fabius Cunctator* (= el precavido).

9 ras<sup>135</sup>, a excepción de los tribunos de la plebe. Pero de esto se hará una exposición más detallada en otro lugar<sup>136</sup>. Los romanos, pues, nombraron un dictador, y junto con él a Marco Minucio como comandante de la caballería. Este está sometido al dictador, pero le sustituye en el mando cuando algo retiene al dictador en otra parte.

88 Aníbal iba moviendo su campamento en etapas breves, y no salía de la región adriática. Disponía en abundancia de vino añejo y con él lavaba a los caballos; 2 era una medicina para su mal estado y su sarna. Lo mismo hacía con los hombres: curaba a los heridos y procuraba que los restantes soldados adquirieran vigor 3 y valor para las necesidades que se aproximaban. Atravesó y devastó las tierras de los pretutios con la población de Adria, después las de los marrucinos y las de los frentenianos<sup>137</sup>; luego avanzó hacia Yapi- 4 gia<sup>138</sup>. Este país está dividido en tres partes, el territorio de los daunios, el de los peucetios y el de los 5 mesapios; Aníbal invadió el primero, la Daunia. Em-

<sup>135</sup> Esto no es exacto: las magistraturas no se anulaban, pero sí quedaban bajo el control del dictador, que podía revocar sus decisiones.

<sup>136</sup> En los extractos que han quedado de la obra de Polibio no se encuentra la exposición anunciada aquí.

<sup>137</sup> Los pretutios ocupaban el S. de la región del Piceno: los marrucinos estaban al S. de éstos, y los frentenianos ya bordeaban el Adriático. Un mapa interesante y detallado de la península italiana en esta época, *Weltatlas*, pág. 38.

<sup>138</sup> Es la Apulia central, pero el término en Polibio parece alcanzar, además, la Calabria. La Daunia está al S. del monte Gargano; los peucetios habitaban la región de Bari, y los mesapios, la de Brindisi. En el texto original, después de los daunios, hay una laguna, en la que falta, evidentemente, uno de los nombres en que estaba dividida la *provincia* de Yapihia. Con Büttner-Wobst, se da aquí el nombre de peucetios, que es el que, por otro lado, nos dan otras fuentes de tradición.

pezó por aquí, por Luceria<sup>139</sup>, que era colonia romana, e iba devastando el país. Posteriormente cambió de 6 emplazamiento y acampó junto al lugar llamado Ibonio<sup>140</sup>, recorrió el territorio de Argiripa<sup>141</sup> y saqueó impunemente toda la Daunia.

Entretanto, Fabio, tras su investidura, ofreció sa- 7 crificios a los dioses, salió con su colega en el mando y con las cuatro legiones alistadas para esta circunstancia. Cerca de Narnia<sup>142</sup> estableció contacto con las 8 fuerzas romanas que habían salido de Rímmini para prestar ayuda. Relevó a su jefe, Cneo Servilio, del mando del ejército de tierra, y le envió a Roma con una escolta, con la orden de que si los cartagineses se movían por mar, acudiera siempre a proteger los 9 lugares que corrieran peligro. Y él personalmente, junto con su ayudante en el mando, tomó a sus órdenes las tropas y acampó delante de los cartagineses, en el lugar llamado Eca<sup>143</sup>, que distaba del enemigo unos cincuenta estadios.

Aníbal supo de la presencia de Fabio y se propuso 9 aterrorizar súbitamente al enemigo. Hizo salir a su ejército, lo aproximó al atrincheramiento romano y lo formó en orden de combate. Esperó algún tiempo sin que saliera nadie, y se retiró nuevamente a su propio campamento. Pues Fabio había decidido no exponerse 2 ni arriesgar una batalla; procuraba por encima de todo la seguridad de sus tropas, y se atuvo firmemente a

<sup>139</sup> La actual Lucera.

<sup>140</sup> La grafía de este topónimo es insegura, quizás sea *Vibinum*; sea como sea, es la actual Hippono.

<sup>141</sup> Es la actual Arpi.

<sup>142</sup> Aquí el texto ofrece el nombre de Daunia, pero los editores, a excepción de Schweighäuser, modifican el texto y apuntan Narnia, en la orilla izquierda del río Avens, en la Italia central.

<sup>143</sup> Se desconoce la ubicación de este topónimo, pero debía de estar al N. de la Apulia.

3 esta decisión. Primero los suyos le desdeñaron y no faltó quien le tildara de cobarde, como si la batalla le empavoreciera, pero con el tiempo hizo que todos reconocieran que en aquellas circunstancias nadie hubiera sido capaz de comportarse de manera más atinada 4 y juiciosa. Los hechos, en efecto, testificaron muy pronto a favor de sus cálculos, y fue natural que ocurriera así: sucedía que las tropas adversarias se habían ejercitado en la guerra continuamente, desde su más temprana juventud; contaban con un jefe que había crecido entre ellos, acostumbrado desde niño a operaciones en campo abierto. Habían vencido en muchas batallas en España, y dos veces seguidas a los romanos y a sus aliados. Y por encima de todo debía tenerse en cuenta que habían renunciado a todo, y que la única esperanza de salvación que tenían estaba en vencer.

7 La situación del ejército romano era exactamente 8 la contraria. Por lo cual era desaconsejable arriesgar una batalla decisiva cuando lo más probable era que iban a ser derrotados. En sus cálculos, Fabio se volvió hacia lo que les era ventajoso, fue constante en ello, 9 y dirigió la guerra de este modo. Las ventajas de los romanos consistían en un aprovisionamiento prácticamente ilimitado y en una gran abundancia de soldados.

10 Así pues, en el tiempo que siguió siempre marchaba paralelamente al enemigo, y se adelantaba a ocupar 2 los lugares estratégicos según su experiencia. Disponía en su retaguardia de provisiones abundantes, por lo que jamás permitió que sus soldados se dispersaran a forrajear ni que ni una sola vez se apartaran del atrincheramiento: vigilaba que estuvieran siempre juntos y concentrados, y acechaba lugares y oportunidades. 3 De este modo cogió prisioneros y mató a muchos enemigos que, despreciando al adversario, se habían diseminado para forrajear, desde su propio campamento.

4 obraba así porque quería reducir el número de enemigos, siempre limitado, y restablecer y hacer recobrar poco a poco la confianza y el espíritu de sus propios hombres, derrotados en batallas campales por medio de éxitos parciales. No era en absoluto capaz 5 de lanzarse deliberadamente a una confrontación decisiva. Marco Minucio, su subordinado en el mando, no 6 estaba de acuerdo con semejante proceder: participaba de las ideas de la masa y denigraba a Fabio delante de todos, afirmaba que se encaraba con la situación de manera floja y remisa; él, personalmente, deseaba con ardor exponerse y arriesgarse a una batalla.

Los cartagineses devastaron, pues, los lugares citados, 7 rebasaron los Apeninos y bajaron al territorio de los samnitas, muy fértil, y que durante mucho tiempo se había visto libre de guerra. Allí tuvieron tal sobreabundancia de provisiones, que ni consumiéndolas ni destruyéndolas podían agotar el botín. Recorrieron 8 también el campo de Benevento<sup>144</sup>, que era colonia romana, y conquistaron la ciudad de Venusa<sup>145</sup>, que no estaba amurallada, repleta, además, de toda clase de ajuares. Los romanos les iban siguiendo constantemente los pasos, conservando una distancia de uno o dos días de marcha: rehusaban acercarse más al enemigo y trabar combate con él. Aníbal, viendo que 10 Fabio rehuía la batalla, pero que no acababa de retirarse del campo abierto, avanzó audazmente hacia las llanuras que rodean Capua<sup>146</sup>, al lugar llamado Falerno.

<sup>144</sup> Era la capital de los samnitas.

<sup>145</sup> Esta Venusa, en el país de los samnitas, nos es desconocida; no hay que confundirla con la Venusa de la Apulia (116, 3). Pero hay que notar que algunos editores, siguiendo a Tito Livio, XII -3, leen aquí Telesia.

<sup>146</sup> Capua, a la altura de Benevento, al O. de esta ciudad, a orillas del río Calor. Falerno debía ser un villorrio sin importancia.

- 11 no. Pensaba que una de dos: o bien forzaría al enemigo a luchar o bien haría patente a todos que su dominio era indisputado, y que los romanos le cedían el campo abierto. Esperaba que con esto las ciudades intimidadas desertarían una tras otra de los romanos.
- 13 Hasta entonces, a pesar de que éstos habían perdido dos batallas <sup>147</sup>, ninguna ciudad italiana se había pasado a los cartagineses, sino que se mantenían leales, aun cuando algunas habían sufrido mucho. Esto puede ser un indicio del respeto y de la estimación de que gozaba la república romana entre los aliados.

91 El cálculo de Aníbal era muy lógico: las llanuras de Capua son las más famosas de Italia por su fertilidad y por su belleza; se extienden a lo largo de la costa

*Aníbal en el país de los samnitas y en la Campania*

- 2 y poseen mercados a los que concurren navegantes procedentes de casi todo el mundo que se dirigen a Italia. En estas llanuras hay también las ciudades más bellas e ilustres de esta península. En su franja costera se levantan Sinuesa <sup>148</sup>, Cumas y Puzzoli, además de Nápoles, y finalmente el pueblo de los nucerios.
- 5 Tierra adentro, la parte nórdica está habitada por los calenos y los tianitas <sup>149</sup>, la parte oriental y la del sur la habitan los daunios y los nolanos <sup>150</sup>. En la parte central de estas llanuras está situada la ciudad de Capua, la más próspera de todas. La descripción que los mitógrafos hacen de estas llanuras es muy justificada.

<sup>147</sup> En realidad son tres, pero Polibio omite sistemáticamente la batalla del Tesino.

<sup>148</sup> La actual Mondragone.

<sup>149</sup> Territorio de las actuales ciudades Calvi y Teano.

<sup>150</sup> Nola, al S. de la Campania y al E. del Vesubio. En cuanto a los daunios, algunos editores escriben aquí caudios, pero en la traducción se acepta, con Büttner-Wobst, la lectura de los manuscritos.

cada. Se les llama también Campos Flegreos <sup>151</sup>, igual que a otras llanuras célebres: no es extraño que los dioses se pelearan por ellas, por su belleza y su fertilidad. Además de lo apuntado, estas llanuras están bien defendidas y son de acceso difícil: están rodeadas por el mar, y, en su mayor parte, por una gran cadena montañosa que ofrece sólo tres entradas desde tierra adentro, angostas y escabrosas, la primera por el país de los samnitas, (la segunda por el Lacio) <sup>152</sup> y la otra por la región de Hirpino <sup>153</sup>. Por todo lo cual los cartagineses se dispusieron a acampar allí teatralmente para intimidar a todos ante algo inesperado, representar a los enemigos fugitivos y hacer patente que eran ellos los que dominaban el campo.

Con este cálculo, pues, Aníbal partió del territorio de los samnitas y pasó el desfiladero por el collado llamado Eribiano <sup>154</sup>. Acampó junto al río Volturmo, que divide en dos partes aproximadamente iguales la citada llanura. Estableció su campamento en la parte que da hacia la ciudad de Roma, y lanzando a sus forrajeadores por todas partes, devastaba la llanura impunemente. Fabio quedó impresionado por la operación y la audacia enemiga, pero se atuvo aún más a sus decisiones. Marco Servilio, su subordinado en el mando, y todos los tribunos y centuriones del ejército, creían que habían cogido al enemigo en buena situación, y

<sup>151</sup> Cf. ARISTÓFANES, *Aves* 824; HERÓDOTO, VII 123, etc.

<sup>152</sup> Aquí el texto ofrece una laguna, en la que ofrezco, traducida, la restitución de Büttner-Wobst; otros editores restituyen Eridano.

<sup>153</sup> Puras exageraciones por parte de Polibio: la «gran cadena montañosa» son moderadas colinas, y desde Italia central hay por lo menos ocho accesos a esta región.

<sup>154</sup> Es lo que Tito LIVIO llama *mons Callicula* (XXII, 5, 3), una colina al S. de la actual Pietravaivano. Un gráfico de la situación de las fuerzas de Fabio y las de Aníbal, en WALBANK, *Commentary*, pág. 428.

5 juzgaban que debían apresurarse a establecer contacto  
 6 con él en las llanuras, sin tolerar que fueran arrasados  
 7 los territorios más famosos. Hasta que llegó a aquellos  
 8 lugares Fabio se daba prisa y fingía estar de acuerdo  
 9 con quienes estaban tan animosos y belicosos. Pero  
 10 al acercarse al Falerno se dejaba ver por las cadenas  
 11 montañosas y se movía paralelamente al enemigo, de  
 12 modo que, aunque daba la impresión a los aliados de  
 13 no ceder el terreno al adversario, sin embargo no hacía  
 14 bajar su ejército a la llanura, y esquivaba cualquier  
 15 tipo de batalla campal; le movían a ello las causas ya  
 16 dichas y, además, la evidencia de que el enemigo le  
 17 superaba enormemente en caballería.

18 Aníbal, después de provocar al enemigo y devastar  
 19 toda la llanura, se hizo con un botín enorme; luego  
 20 levantó el campo. No quería echar a perder el botín,  
 21 sino depositarlo en un lugar donde pudiera pasar el  
 22 invierno; así su ejército gozaría de bienestar no sólo  
 23 en aquel momento, sino que dispondría siempre de re-  
 24 cursos en abundancia. Quinto Fabio adivinó este plan  
 25 y que Aníbal iba a emprender la retirada por donde  
 26 había venido; se percató, además, de que los parajes  
 27 eran angostos y muy adecuados para un ataque. Apostó,  
 28 pues, en la misma salida, a unos cuatro mil hombres,  
 29 les arengó para que utilizaran su bravura oportunamente,  
 30 ya que el lugar era muy estratégico; él personalmente  
 31 con la mayor parte de su ejército acampó en  
 32 una colina que dominaba la entrada a los desfiladeros.

33 Los cartagineses llegaron y establecieron el campamento  
 34 en la llanura, al pie mismo de las montañas; Quinto Fabio  
 35 creía que lograría arrebatarles el botín sin lucha, y aún  
 36 más, que, por ser el lugar muy estratégico, le permitiría  
 37 culminar favorablemente aquellas operaciones. Estaba  
 38 entregado de lleno a la reflexión: pensaba cómo y por  
 39 dónde aprovecharía la posición ventajosa, y quiénes y  
 40 desde dónde arremeterían con-

tra el adversario. Los romanos se preparaban para el  
 día siguiente, pero Aníbal lo previó, porque era lo más  
 natural, y no dio tiempo ni ocasión a los planes ene-  
 migos. Llamó a Asdrúbal, el jefe de sus servicios de  
 intendencia, y le encargó que a toda prisa atara el  
 máximo número posible de haces de leña seca, fuera  
 la que fuera; debía elegir, además, de entre los bueyes  
 de labranza cogidos en el botín, unos dos mil de los  
 más vigorosos, y agruparlos delante del campamento.  
 Hecho esto, reunió a los soldados de intendencia y les  
 indicó una prominencia que estaba entre su propio  
 campamento y los desfiladeros por los que se disponía  
 a hacer la marcha; les ordenó que cuando se diera la  
 contraseña dirigieran con fuerza y energía a los bueyes  
 hasta que llegaran a las alturas. Después mandó cenar  
 a todo el mundo y retirarse a descansar hasta que lle-  
 gara el momento. Al caer la tercera vigilia<sup>155</sup> de la  
 noche hizo salir a los de la intendencia y les indicó  
 que ataran los haces a los cuernos de los bueyes. Lo  
 hicieron rápidamente, porque eran muchos hombres,  
 y entonces mandó prender fuego a los haces, azuzar a  
 los bueyes y dirigirlos hacia las cimas<sup>156</sup>. Detrás de los  
 de intendencia dispuso a los lanceros, con la orden  
 de ayudar algo a los que dirigían a los bueyes; cuando  
 los animales hubieran emprendido la primera carrera  
 ellos debían correr a ambos lados y con gran griterío  
 ocupar las crestas, para prestar ayuda y trabar com-  
 bate con el enemigo, si por casualidad les disputaban  
 aquellas alturas. Simultáneamente él situó sus fuerzas,  
 primero las pesadas, detrás de ellas su caballería, a  
 continuación el botín y finalmente a los iberos y a los  
 galos. Así se dirigió a los desfiladeros y las salidas.

<sup>155</sup> A las tres de la madrugada.

<sup>156</sup> FOUCAULT, *Polybe*, III, pág. 151, señala una estratagema semejante en la primera guerra europea, en el frente italo-austriaco.

- 94 Los romanos que custodiaban los desfiladeros, así que vieron las llamas avanzar hacia las cumbres, creyeron que Aníbal se lanzaba por allí. Abandonaron el paso difícil y se fueron a apoyar a los de las crestas.
- 2 Al acercarse a los bueyes, las llamas les pusieron en apuros, pues se imaginaron y creyeron que sucedía
- 3 algo peor de lo que en realidad pasaba. Cuando llegaron los lanceros, se estableció entre ambos bandos una ligera escaramuza: los bueyes se lanzaron en medio, y los dos bandos quedaron en las crestas, pero separados, y se mantuvieron esperando el día, porque no alcanzaban a comprender lo sucedido.
- 4 Quinto Fabio, perplejo ante los acontecimientos, y, según el poeta, «sospechando que allí había engaño»<sup>157</sup>, pero decidido, según su propósito inicial, a no jugarse nada al azar ni a entablar una batalla decisiva, permaneció inactivo en su campamento y aguardó el día.
- 5 Entonces Aníbal, puesto que las cosas le habían salido según sus cálculos, hizo pasar sin riesgo por los desfiladeros a sus tropas con el botín<sup>158</sup>, puesto que los defensores de las angosturas las habían abandonado.
- 6 Al alborear se apercibió de los romanos que, en las cumbres, hacían frente a sus lanceros; envió allí a algunos iberos que trabaron combate y mataron a un millar de romanos; recuperaron fácilmente a su propia infantería ligera y descendieron del monte.
- 7 Aníbal, pues, después de haber salido de esta manera de Falerno, desde entonces ya acampaba sin riesgo. Miraba y pensaba dónde y cómo iba a pasar el invierno: había infundido gran miedo y perplejidad a las ciudades y a los hombres de Italia.
- 8 La reputación de Quinto Fabio fue mala entre el grueso de la población, que le supuso cobarde porque

<sup>157</sup> La cita es de HOMERO, *Odisea* X 232.

<sup>158</sup> A principios de septiembre del año 217.

había dejado escapar a los adversarios en un sitio tan ventajoso; él, con todo, no se apartó de sus propósitos. Mas obligado al cabo de pocos días a dirigirse a Roma por razón de ciertos sacrificios, confió el mando del ejército a su lugarteniente, con la orden expresa, que encareció, de que no se pusiera tanto interés en dañar al enemigo como en no sufrir ellos mismos nada malo. Pero Marco Servilio no hizo el menor caso; mientras Fabio le decía esas cosas, él ya estaba dispuesto, sin vacilar lo más mínimo, a arriesgar todo y a librar una batalla.

La situación en Italia era la descrita. En la misma época en que se desarrollaban las operaciones citadas, Asdrúbal, el general cartaginés en España, que

#### *Hechos de España*

durante el invierno había equipado las treinta naves que le dejara su hermano, y además había dotado otras diez, a principios del verano zarpó de Cartagena con sus cuarenta naves fuertemente revestidas y confió a Amílcar<sup>159</sup> el mando de la flota. Al propio tiempo, desde sus campamentos de invierno concentró sus fuerzas de a pie y levantó el campo. Con las naves hacía la travesía paralelamente a la costa, y con las tropas de a pie marchaba por la orilla; al cartaginés le urgía establecer contacto entre ambos ejércitos en el río Ebro. Cneo Escipión adivinó los proyectos de los cartagineses e inicialmente pensó oponérseles (por mar y por) tierra desde sus campamentos de invierno. Pero cuando conoció el número de soldados adversarios y la importancia de sus preparativos renunció a enfrentárseles por tierra; equipó treinta y cinco naves —había

<sup>159</sup> Es difícil decir de qué Amílcar se trata. La tradición manuscrita griega no es segura; algunos códices tienen aquí Himilcón.

tomado de su ejército de tierra los hombres más aptos para este servicio naval—, zarpó de Tarragona, y al cabo de dos días llegó a la región del Ebro. Fondeó a una distancia de ochenta estadios del enemigo y envió por delante, en función de exploración, dos naves rápidas marselesas, pues éstas siempre navegaban a la cabeza de las formaciones y eran las primeras en entablar combate, y se prestaban, sin reservas, a cualquier servicio. Los marseleses han colaborado noblemente, más que otros pueblos, a las empresas romanas, muchas veces también en tiempos posteriores, pero principalmente durante la guerra anibálica. Cuando las naves exploradoras anunciaron que la flota del enemigo estaba fondeada en la desembocadura del río Ebro, Cneo Escipión levó anclas inmediatamente, con la intención de caer de improviso sobre el adversario.

Asdrúbal y los suyos, al señalarles sus vigías, ya de lejos, la navegación del enemigo, dispusieron que sus fuerzas de tierra se ordenaran junto a la costa al tiempo que ordenaban a las dotaciones embarcar en sus naves. Los romanos ya no estaban lejos; los cartagineses dieron la señal de combate entonando un grito de guerra, decididos a librar la batalla naval. Se trabaron, pues, con el enemigo, y durante breve tiempo le disputaron la victoria; no mucho después comenzaron a replegarse. La reserva de infantería situada junto a la costa no les aprovechó tanto, por infundirles valor en la batalla, como les perjudicó, ya que les ofrecía una esperanza cierta de salvación. Tras perder dos naves con sus tripulaciones, y los remos y la marinería de cuatro, huyeron, replegándose hacia tierra. Los romanos les persiguieron bravamente y ellos lanzaron las naves hacia la costa; sus tripulantes saltaron de ellas y se salvaron corriendo hacia sus formaciones. Los romanos se aproximaron audazmente a tierra firme y remolcaron a las naves enemigas que lograron re-

mover; se hicieron al mar abierto con gran alegría: habían vencido al adversario en la primera embestida, se habían hecho con el dominio del mar y habían arrebatado veinticinco naves al enemigo.

Las operaciones de España adquirieron desde este momento perspectivas más brillantes, debido al éxito reseñado. Y los cartagineses, al enterarse de la derrota sufrida, dotaron al instante setenta naves y las despacharon, ya que estaban convencidos de que, para cualquier intento, les era indispensable el dominio del mar. Esta flota tocó primero Cerdeña, desde aquí se dirigió a los territorios de Italia junto a Pisa<sup>160</sup>; la marinería creía que allí establecería contacto con los hombres de Aníbal. Pero los romanos desde la propia Roma se hicieron a la mar con ciento veinte navíos pentarremes, y los cartagineses, sabedores de esta salida, zarparon de nuevo hacia Cerdeña, y después, de nuevo a Cartagena. Cneo Servilio, con la escuadra referida, persiguió a los cartagineses durante algún tiempo, convencido de que les alcanzaría, pero por ser mucha la distancia renunció. Entonces ancló primero en Lilibeo, en Sicilia, después zarpó de nuevo hacia Africa, a la isla de Cercina<sup>161</sup>, y cobró dinero a sus habitantes para no devastarles el país; de retorno se apoderó de la isla de Cosira<sup>162</sup>, dejó una guarnición en la pequeña ciudad y se dirigió de nuevo a Lilibeo. Finalmente, fondeó allí su flota, y al cabo de poco tiempo se reintegró a su ejército de tierra.

<sup>160</sup> Esta ciudad, que salió ya anteriormente, no debe ser confundida con la ciudad italiana que hoy lleva este nombre; la Pisa de que ahora se trata (cuya grafía latina es *Pisae*) estaba situada en la misma desembocadura del río Arno, en el mar Tirreno.

<sup>161</sup> Hoy llamada Kerbenah. El cronista catalán medieval Ramon Muntaner sitúa en ella una acción de los almogávares. Es una isla diminuta al N. de la Pequeña Sirtis.

<sup>162</sup> Es la isla llamada actualmente de Pantelaria.

- 97 Los del senado se enteraron de la victoria de Cneo en la batalla naval, y convencidos de que era útil, y aún más, necesario, no desatender las operaciones de España, sino oponerse a los cartagineses y extender la guerra, equiparon veinte naves, nombraron almirante, según su decisión inicial, a Publio Cornelio Escipión, y con gran celo le mandaron junto a su hermano Cneo, con quien dirigió colegiadamente los asuntos de España. Angustiaba a los romanos la idea de que si los cartagineses dominaban tal país, adquirirían provisiones abundantes y muchos hombres, pugnarian más por dominar el mar y ayudarían a sus ejércitos de Italia, enviando tropas y dinero a Aníbal. Atribuyeron, pues, gran importancia a esta guerra, y despacharon a las naves y a Publio. Éste llegó a España, entró en contacto con su hermano y fue de una gran utilidad para las empresas conjuntas. En efecto: los romanos antes jamás se habían atrevido a cruzar el Ebro, sino que se contentaban con la amistad y confianza de los que habitaban al norte de este río. Pero entonces lo cruzaron, y por primera vez tuvieron el valor de operar en el otro lado. Y aquí les ayudó mucho una casualidad.
- 6 Cuando hubieron intimidado a los iberos que habitaban en las inmediaciones del vado, se llegaron hasta la ciudad de Sagunto y acamparon a unos cuarenta estadios de distancia, junto al templo de Afrodita. Ocuparon un lugar muy estratégico porque les ofrecía seguridad contra el enemigo, y además era apto para que les aprovisionaran desde el mar. La flota iba costeano paralelamente a su avance.
- 9 Y entonces se dio el cambio de situación siguiente:
- 98 Cuando Aníbal emprendió su marcha hacia Italia, de cuantas ciudades españolas desconfiaba, tomó como rehenes a los hijos de los hombres más ilustres y los concentró, en su totalidad, en la ciudad de Sagunto.

porque ésta era de acceso difícil, y además confiaba mucho en los hombres que dejaba allí. Había un ibero, de nombre Abílix, no inferior ni en fama ni en situación a cualquier otro ibero, y encima daba la impresión de superar mucho a los otros en su buena disposición y lealtad hacia los cartagineses. Este hombre consideró la situación, juzgó que eran más brillantes las esperanzas depositadas en los romanos y reflexionó consigo mismo sobre la devolución de los rehenes, una estratagema digna de un ibero y de un bárbaro. Convencido de que entre los romanos podía llegar a ser un hombre de gran prestigio si les aportaba conjuntamente lealtad y utilidad, rompiendo sus pactos con los cartagineses, se aprestó a entregar los rehenes a los romanos: se había percatado de que Bóstar, el general cartaginés enviado por Asdrúbal para impedir que los romanos cruzaran el río, pero que no se había atrevido a oponérseles, después de retirarse, acampaba en Sagunto, al lado del mar; era un hombre ingenuo y benigno por naturaleza, que le tenía una gran confianza. Abílix, entonces, habla de los rehenes con Bóstar, y le dice que los romanos han cruzado el río; los cartagineses ya no podrán retener por el miedo sus dominios en España, pero las circunstancias exigen la benevolencia de los sometidos; ahora que los romanos se han aproximado y se han situado frente a Sagunto, amenazando la ciudad, si él, Bóstar, hace salir a los rehenes y los devuelve a sus padres y a sus ciudades, arruinaría las ambiciones de los romanos. Pues éstos querían hacer precisamente lo mismo si eran ellos los que se apoderaban de los rehenes. Bóstar, pues, debía conciliarse la benevolencia de todos los iberos para con los cartagineses, prever el futuro y pensar también en la seguridad de los rehenes. Y si era él mismo, añadió, el que tratara personalmente el asunto, acrecentaría, multiplicándolo, el agradecimiento. En efecto, al resti-

tuir los muchachos a sus ciudades, no sólo se atraería la adhesión de los padres, sino también de la masa de las poblaciones, al poner bajo su vista con esta conducta la estima y la magnitud de los cartagineses para con sus aliados. Además, le insinuó la cantidad de obsequios que él personalmente recibiría de los que hubieran recuperado a sus hijos; pues los padres, al verse inesperadamente en posesión de sus allegados más próximos, rivalizarían en mostrar su liberalidad hacia el autor de tal decisión. Abílix añadió además muchas más cosas por el estilo y con el mismo tono, y logró persuadir a Bóstar a seguir sus proposiciones.

99 Abílix señaló el día en que se presentaría con unos hombres de confianza para llevarse a los jóvenes, y se fue. Por la noche se presentó en el campamento romano, y juntándose con algunos iberos que luchaban al lado de los romanos, a través de ellos logró llegar hasta los generales. Les demostró con abundancia de pruebas la inclinación y conversión de los iberos hacia ellos si recuperaban a los jóvenes que habían entregado como rehenes, y se ofreció a entregarles los jóvenes. Publio Cornelio y los suyos acogieron esta propuesta con mucho entusiasmo, y le prometieron grandes recompensas. Abílix entonces se retiró a su residencia, tras señalar día, tiempo y lugar en que deberían aguardarle los receptores. Tras esto, tomó consigo los jóvenes traídos desde Sagunto, y salió de noche, porque quería pasar desapercibido, pasó el atrinchero romano, llegó al lugar determinado en el momento preciso e hizo entrega de todos los rehenes a los generales romanos. Publio y los suyos honraron excepcionalmente a Abílix y le emplearon para efectuar la restitución de los rehenes a sus ciudades de origen, haciendo que le acompañaran algunos amigos. Él iba recorriendo las villas y, mediante la entrega de los muchachos, ponía a la vista de todos la bondad y magnani-

midad de los romanos, y junto a ellas, la desconfianza y la dureza de los cartagineses; poniendo como ejemplo su propia mudanza empujó a muchos iberos a hacerse amigos de los romanos.

Bóstar, que había entregado los rehenes al enemigo de la manera más ingenua que lo que su edad permitía suponer, corrió riesgos muy superiores al normal. Pero como la estación estaba ya muy entrada, los dos bandos esparcieron sus fuerzas para pasar el invierno. La Fortuna había prestado una ayuda suficiente a los romanos con el caso de estos muchachos para los proyectos futuros.

Y ésta era la situación en España.

Habíamos dejado a Aníbal <sup>163</sup>. 100

*Italia. Desarrollo  
de los hechos en  
la Apulia*

Sus exploradores le informaron de que en la región de Luceria y en el país llamado Gerunio <sup>164</sup> había trigo en abundancia; este último lugar era muy adecuado para silo. El cartaginés, pues, determinó pasar allí el invierno, y avanzó, marchando junto al monte Liburno <sup>165</sup>, hacia los lugares mencionados. Llegado a Gerunio, que dista de Luceria trescientos estadios, primero envió mensajeros y procuró atraerse la amistad de los habitantes de aquellas regiones, ofreciéndoles garantías de lo que les anunciaba. Sin embargo, nadie le hizo el menor caso, por lo que emprendió el asedio de la plaza. Se adueñó del país rápidamente, mató a sus habitantes, pero conservó

<sup>163</sup> Cuando salió del territorio de Falerno, 94, 7.

<sup>164</sup> Sobre Luceria, cf. 85, 5. Gerunio estaba ciertamente en la Apulia, pero su localización es incierta.

<sup>165</sup> La grafía de este nombre en la tradición manuscrita griega es insegura, y, por tanto, lo es su localización. Algunos manuscritos tienen «Taburno», en cuyo caso sería un monte tocante a Caudío; en otros se lee Tifernus, actualmente el monte Matese.

intactas la mayoría de las casas, y también las mura-  
 llas, pues quería almacenar el trigo allí para el invierno.  
 5 Hizo acampar su ejército delante de la ciudad, y for-  
 tificó el campamento con un foso y un atrinche-  
 6 miento. Listo ya todo esto, mandó dos partes de su  
 ejército a aprovisionarse de trigo, con la orden de que  
 diariamente cada una debía proporcionar a los suyos  
 una cantidad determinada; la contribución de cada  
 grupo se debía remitir a los encargados de este servi-  
 7 cio. Aníbal mismo con la otra parte custodiaba el cam-  
 pamento y protegía a sus forrajeadores allí donde se en-  
 8 contraran. La mayor parte del país era llana y se podía  
 recorrer fácilmente. El número de forrajeadores car-  
 tagineses era prácticamente incalculable, y como era  
 la estación más apropiada para la recolección, la canti-  
 dad de trigo recogida cada día era enorme.

101 Marco Minucio recogió de manos de Fabio el mando  
 de las tropas. Primero siguió por las crestas, en para-  
 lelo, a los cartagineses; confiado siempre en caer sobre  
 2 ellos alguna vez. Pero cuando se enteró de que las  
 tropas de Aníbal ya habían tomado Gerunio y de que  
 recogían el trigo del país, de que habían acampado  
 ante la ciudad protegiéndose con una estacada, aban-  
 donó las alturas y descendió por una cresta que lle-  
 3 gaba al llano. Alcanzó una montaña que está encima del  
 territorio de Larino<sup>166</sup>, llamada Calena, y acampó en  
 torno a ella, resuelto a trabar combate con el enemigo  
 4 a cualquier precio. Aníbal vio la aproximación del ene-  
 migo, y permitió salir a forrajear a sólo una tercera  
 parte de su ejército; retuvo las dos restantes y avanzó  
 desde la ciudad dieciséis estadios en dirección al ad-  
 versario. Acampó en la cima de una loma: con ello

<sup>166</sup> Larino está a la altura de Roma, pero no lejos de la  
 costa adriática. La localización del monte aquí aludido es in-  
 segura.

pretendía intimidar al enemigo y proporcionar al tiem-  
 po seguridad a sus forrajeadores. Entre ambos cam- 5  
 pamentos había una altura situada estratégicamente,  
 desde la cual se dominaba el campamento enemigo;  
 Aníbal mandó unos dos mil lanceros y consiguió ocu-  
 parla cuando todavía era de noche. Al alborear, Marco 6  
 Minucio lo vio, hizo salir a sus tropas ligeras y asaltó  
 la colina. Se produjo una escaramuza violenta, de la 7  
 que, al final, salieron victoriosos los romanos, que tras-  
 ladaron todo su campamento a este lugar. Al tener en 8  
 frente el campamento romano, Aníbal retuvo durante  
 cierto tiempo la mayor parte de su ejército con él.  
 Pero cuando pasaron muchos días se vio obligado a 9  
 dividir sus tropas y enviar una parte a apacentar ga-  
 nado y otros a forrajear, pues se esforzaba, según su 10  
 plan inicial, en no echar a perder su botín y en reunir  
 la máxima cantidad de trigo posible; así durante el in-  
 vierno sus hombres dispondrían de todo en abundancia,  
 y no menos sus acémilas y sus caballos. En efecto: las 11  
 máximas esperanzas de su ejército, Aníbal las deposi-  
 taba en su cuerpo de caballería.

Fue entonces cuando Marco Minucio vio que la ma- 102  
 yor parte de los enemigos se había diseminado por el  
 país para las tareas reseñadas; escogió la hora más  
 oportuna del día e hizo salir a sus fuerzas. Se apro- 2  
 ximó al campamento de los cartagineses, hizo formar  
 a sus tropas pesadas, repartió en grupos a su caba-  
 llería y a sus tropas ligeras y los mandó contra los fo-  
 rrajeadores con la orden de no coger ningún prisionero  
 vivo. Ante esto, la situación de Aníbal se convirtió en 3  
 muy delicada, pues no podía oponerse de manera se-  
 gura a la formación contraria ni podía prestar socorro  
 a los suyos, esparcidos por el territorio. Los romanos 4  
 que habían sido enviados contra los forrajeadores ma-  
 taron a muchos de éstos por estar esparcidos, y los  
 que se mantenían en la formación desdefiaron tanto a

los cartagineses que llegaron a arrancarles la estacada: lo único que no hicieron fue asediarles.

5 Aníbal, pues, estaba en mala situación, pero no se movió, a pesar de la tormenta que le zarandeaba. Iba rechazando a los que se aproximaban, y custodiaba a  
6 duras penas su campamento, hasta que Asdrúbal reagrupó a los que habían huido del territorio hacia el  
7 atrincheramiento de Gerunio, que eran unos cuatro mil, y se presentó para ayudar. Esto fue para Aníbal un  
8 respiro, y se atrevió a efectuar una salida: formó a sus tropas a poca distancia del campamento y con  
9 gran esfuerzo rechazó el peligro que se cernía sobre él. Marco Minucio había causado muchas bajas al ene-  
10 migo en la refriega junto a la estacada, y había matado todavía un número mayor de cartagineses en el terri-  
11 torio; entonces se replegó con grandes esperanzas de cara al futuro. Al día siguiente los cartagineses abandonaron la estacada y Marco subió y ocupó el campa-  
12 mento adversario. Aníbal, que temía que por la noche los romanos encontraran desguarnecida la empalizada de Gerunio y se apoderaran de los bagajes y de los depósitos, determinó retirarse y establecer de nuevo  
13 su campamento en aquel lugar. Desde entonces los cartagineses forrajearon con más cuidado y más protección, y los romanos lo contrario, con más confianza y más audacia.

103 En Roma se dio más importancia a lo sucedido de la que en realidad tenía, y la gente exultaba; poseídos antes de una desconfianza total, ahora creían que se  
2 les ofrecía un cambio hacia algo mejor; además pensaban que antes la inactividad y el recelo de las legiones no se debía a un acobardamiento de las tropas,  
3 sino a la precaución del general. Todo el mundo acusaba y reprochaba a Fabio el no haber aprovechado con audacia las oportunidades; en cambio, alababan tanto a Marco por lo sucedido, que ocurrió lo que

nunca había pasado: le concedieron también plenitud 4 de poderes<sup>167</sup>, convencidos de que iba a poner un rápido fin a sus problemas. Es innegable que entonces hubo dos dictadores para una misma empresa, cosa jamás vista antes entre los romanos. Marco Minucio, 5 cuando tuvo en claro el afecto de la masa y la potestad que el pueblo le había otorgado, sintió doblemente el afán de desafiar y de atreverse contra el enemigo. También Fabio llegó donde estaban las tropas; los he- 6 chos no le habían hecho cambiar nada; permanecía aún más firme en su opción inicial. Vio que Marco se 7 había envanecido, que le llevaba la contraria en todo y que estaba totalmente decidido a arriesgar una batalla, por lo cual le dio a elegir: o ejercer el mando por turno, o partirse las fuerzas y actuar cada uno según sus propias decisiones. Marco Minucio aceptó pre- 8 ferentemente esto último, la partición. Se dividieron, pues, el ejército, y acamparon separadamente el uno del otro, a doce estadios de distancia.

Aníbal sabía unas cosas por prisioneros capturados, 104 y los hechos que veía le hacían adivinar las otras. Comprendía la rivalidad de los generales romanos y la vanidad y la ambición de Marco. Y creyó que lo que 2 ocurría entre los enemigos no le era adverso, sino favorable. Dirigió su atención a Marco: pretendía rebatir su audacia y superarle en ardor. Entre el campamento 3 cartaginés y el de Marco había un montecillo que podía ser perjudicial a los dos bandos, por lo que determinó ocuparlo. Pero intuía claramente, por el éxito romano anterior, que Marco Minucio acudiría inmediatamente

<sup>167</sup> Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. O estamos ante un error de Polibio, la existencia de dos dictadores, o bien ante el primer paso de lo que más tarde se constata plenamente en la historia de Roma: la desaparición del *dictator* como figura jurídica en la república romana.

para obstaculizar su intento, de modo que ideó lo que sigue.

4 Los lugares que rodeaban la eminencia eran áridos, pero ofrecían muchas cavernas y hendiduras de todas clases; por la noche envió, en grupos de doscientos o trescientos a los lugares más aptos para emboscarse, quinientos jinetes y un total de unos cinco mil infantes armados a la ligera. Para que no fueran vistos al amanecer por los forrajeadores romanos, al despuntar el día ocupó la loma con su infantería ligera. Marco Minucio, al ver lo ocurrido, lo creyó un signo de buena suerte; mandó al punto a su infantería ligera con la orden de luchar y de pelear por aquel lugar; después envió a la caballería, y a continuación marchó él mismo con las tropas pesadas, igual que la vez anterior, actuando en cada caso más o menos de la misma manera.

105 Acababa de amanecer, y los pensamientos y los ojos de todos estaban fijos en los que habían trabado combate en la loma; no se sospechaba la carga de los emboscados. Aníbal enviaba ininterrumpidamente refuerzos a sus hombres de la colina, siguiendo él personalmente paso a paso con su caballería y con sus tropas; resultó que los de a caballo trabaron prontamente combate entre ellos. Al ocurrir esto, la infantería ligera romana se vio presionada por la gran masa de caballería enemiga, y al huir hacia sus fuerzas pesadas produjo una gran confusión. Y fue entonces cuando se dio la señal a los cartagineses emboscados, los cuales aparecieron y atacaron por todos lados; y no sólo sobre la infantería ligera, sino que sobre todo el ejército romano se abatió un grave peligro. Fabio se dio cuenta de lo que pasaba, y, temiendo sufrir una derrota decisiva, efectuó una salida con sus fuerzas y socorrió con gran celo a los que corrían peligro. Como se aproximó a toda prisa, los romanos recobraron su ánimo, y, a pesar de haber deshecho ya toda su forma-

ción, de nuevo se reagruparon en torno a sus estandartes, se retiraron y se refugiaron entre los hombres de Fabio. La infantería ligera había sufrido muchas bajas, pero aún más las legiones, que perdieron la flor y nata de sus hombres.

Aníbal y los suyos temieron el estado íntegro y el 7 orden de las legiones que acudían a reforzar, de modo que desistieron de la persecución y de la batalla. Para 8 los que habían asistido personalmente a la refriega quedó claro que todo se perdió por la temeridad de Marco Minucio, y que todo hasta entonces, y también entonces, se había salvado por la prevención de Fabio.

Los habitantes de Roma reconocieron, por fin, clara- 9 mente, la diferencia real entre la vanagloria y la precipitación de un soldado, y la previsión y el cálculo seguro y razonable de un general. Enseñados por los 10 acontecimientos, los romanos establecieron de nuevo un campamento único con una sola estacada, y desde entonces atendieron ya a Fabio y a sus consejos.

Los cartagineses abrieron un foso en el espacio in- 11 termedio entre la loma y su propio campamento, rodearon con una estacada la cima del monte, que ahora dominaban, y dejaron allí una guarnición, tras la cual, ya sin peligro, dispusieron su propia invernada <sup>168</sup>.

Al llegar el tiempo de los co- 106 micios consulares <sup>169</sup>, los romanos eligieron cónsules a Lucio Emilio y a Cayo Terencio, tras cuya designación los dictadores dejaron sus cargos. Los cónsules del año anterior, Cneo 2 Servilio y Marco Régulo (que había sido nombrado tras la muerte de Flaminio) fueron nombrados pro-

*Campaña de Italia.  
Batalla de Cannas*

<sup>168</sup> Se trata del invierno del año 217.

<sup>169</sup> Del año 216.

cónsules<sup>170</sup> por Lucio Emilio; tomaron el mando de los acampados y dispusieron las operaciones militares según su parecer. Tras deliberar conjuntamente con el senado, Emilio llamó inmediatamente a filas la parte de tropas que faltaban para completar la campaña, y las envió. Pusieron en claro a Cneo que no debía en modo alguno entablar una batalla decisiva, pero sí, en cambio, librar escaramuzas continuas y lo más duras posible: así los procónsules entrenarían y harían cobrar ánimo a los soldados bisoños para las batallas decisivas. En efecto: les parecía que había contribuido no poco a los desastres anteriores el hecho de usar soldados recién reclutados y sin ninguna preparación. Ellos personalmente confiaron al pretor<sup>171</sup> Lucio Postumio, nombrado general, una legión, con la que le mandaron al país de los galos: querían producir escisiones entre los galos que militaban a favor de Aníbal. Previeron también la recuperación de la flota que invernaba en Lilibeo, y enviaron a los generales romanos de España todo lo requerido para sus operaciones. Los cónsules, pues, pusieron gran empeño en esto y en los demás preparativos. Cneo Servilio recibió sus órdenes y lo dispuso todo según ellas, por lo cual omitiremos escribir más sobre el particular. No se hizo nada decisivo, ni, simplemente, digno de mención, tanto por las órdenes recibidas como por el cariz que presentaban las circunstancias. Hubo, en cambio, escaramuzas y choques parciales en gran número, en las

<sup>170</sup> Los que eran cónsules, si les tocaba cesar en el cargo durante una guerra, permanecían en el cargo mediante la llamada *prorrogatio imperii*, hasta que acabara la campaña; durante el período supletorio recibían el título de procónsules.

<sup>171</sup> Aquí se trata de un *praetor militaris*, jefe militar y la figura más antigua de pretor en la república romana, pero más tarde aparecerán el *praetor urbanus*, que vigilaba la administración de justicia, y el *praetor peregrinus*, que atendía los asuntos de los extranjeros.

que los jefes romanos alcanzaron prestigio, pues parecía que lo disponían todo con energía y coraje.

Los dos ejércitos pasaron el invierno y la primavera<sup>107</sup> acampados uno frente al otro. Cuando la época del año les permitió aprovisionarse de las cosechas anuales, Aníbal hizo salir a sus tropas de la fortificación de Gerunio: creyó conveniente obligar como fuera al enemigo a combatir, por lo que ocupó la ciudadela de la ciudad llamada Cannas<sup>172</sup>. Los romanos habían depositado en ella su trigo y el resto de sus provisiones procedentes de los parajes de Canusio<sup>173</sup>, y desde esta ciudad lo trasladaban al campamento según lo exigieran las necesidades.

La ciudad había sido arrasada ya antes, pero entonces la pérdida de la ciudadela y de las provisiones perturbó a las tropas romanas en no pequeño grado, puestas en situación difícil no sólo por la falta de avituallamiento, al ser conquistado aquel lugar, sino también porque la ciudadela estaba colocada estratégicamente en medio de los parajes circundantes. Los jefes romanos enviaban mensajeros a Roma continuamente para recibir instrucciones acerca de lo que debían hacer; si se aproximaban al enemigo ya no podrían rehuir la batalla, puesto que el país estaba arruinado y todos los aliados vacilaban. Los senadores decidieron combatir, presentar batalla al enemigo. Pero ordenaron a Cneo Servilio que se contuviera y ellos enviaron a los cónsules.

<sup>172</sup> Primera aparición de este nombre, que será fatídico para los romanos. *Cannae* (actualmente Monte di Canne) estaba situada en la orilla derecha del Aufidus (hoy el Ofanto), a poca distancia de la desembocadura del río. La discusión acerca de la topografía véase en WALBANK, *Commentary*, ad loc., y un gráfico de la batalla, en *Weltatlas*, pág. 51.

<sup>173</sup> Canusio estaba en las inmediaciones de Cannas.

8 Todos miraban hacia Paulo Emilio, quien infundía grandes esperanzas por la honradez de su vida anterior y porque parecía que poco tiempo antes había conducido con coraje y a la vez con serenidad la guerra contra los ilirios. El senado romano se propuso afrontar el peligro con ocho legiones, cosa inaudita entre los romanos. Cada legión tendría unos cinco mil hombres, y además los aliados. Los romanos, en efecto, tal como hemos dicho en alguna parte anterior, se manejan siempre con cuatro legiones. Una legión comprende normalmente unos cuatro mil hombres de infantería y doscientos jinetes. Pero si se presenta alguna empresa de riesgo capital aumentan en cada legión a cinco mil el número de infantes y a trescientos el de jinetes. En cuanto a los aliados, el número de soldados de a pie lo equiparan al de las legiones, pero el de jinetes lo triplican. Confían a cada uno de los cónsules dos legiones y la mitad de los aliados, y los mandan así a las operaciones. La mayoría de los combates los deciden con un cónsul, dos legiones y el número indicado de aliados; raras son las veces en que aprestan todas sus fuerzas para una sola oportunidad y un solo combate. Pero entonces estaban aterrorizados: temían tanto al futuro que determinaron afrontar el riesgo no con cuatro, sino con ocho legiones romanas a la vez.

100 Exhortaron a los hombres de Paulo Emilio, pusieron ante sus ojos la trascendencia del resultado de la batalla para ambos bandos y les enviaron con la orden de arriesgarse totalmente, con valor y de manera digna de la patria. Éstos se unieron al resto de las tropas y, reuniendo a todo el contingente, le expusieron la decisión del senado; pronunciaron una arenga a tono con aquellas circunstancias, palabras salidas de la experiencia personal de Paulo Emilio, que era quien arengaba a las tropas. La mayor parte de su discurso tocó los desastres sufridos recientemente; pues esto

era lo que había hecho cundir el desánimo, y aquí la gran mayoría precisaba de aliento. Por esto procuró 4 imbuirles la idea de que encontrarían no una o dos causas de las derrotas sufridas en las batallas precedentes, sino muchas más, que les habían conducido a aquel final. Pero entonces ya no les quedaba ningún 5 pretexto, si eran verdaderamente hombres, para no vencer al enemigo. Jamás los dos cónsules habían com- 6 batido juntos y con todos sus efectivos, ni antes se habían utilizado tropas entrenadas, sino bisoñas y que no habían ni tan siquiera visto nada terrible. Y 7 por encima de todo: antes no sabían absolutamente nada del enemigo, se le habían opuesto en formación casi sin haberle visto y se habían lanzado así a batallas decisivas. Pues los derrotados junto al río Trebia ha- 8 bían llegado de Sicilia el día anterior y formaron ya al alborar del día siguiente. Y los que lucharon en 9 Etruria no pudieron ver al enemigo no ya antes, sino incluso durante la batalla, ya que el aire se llenó de niebla. «Pero ahora la situación es absolutamente 10 opuesta a las antedichas:

En primer lugar —dijo—, estamos aquí los dos 109 cónsules, y no vamos a participar con vosotros únicamente nosotros en los combates, sino que, además, hemos dispuesto que los del año pasado estén aquí y tomen parte activa en los mismos. Y vosotros no sola- 2 mente habéis visto el armamento, la táctica y el número de enemigos, sino que, además, lleváis combatiendo casi cada día, y en ello habéis cumplido dos años. Y si en el detalle todo tiene una disposición 3 opuesta a la de las batallas anteriores, es lógico que el desenlace de la lucha sea también el contrario. En 4 efecto: sería absurdo, es más, imposible, por así decirlo, que si en muchas escaramuzas parciales, combatiendo contra un número igual de enemigos, habéis vencido las más de las veces, ahora, cuando formáis

todos a la vez, y así sois más del doble que el adversario, seais derrotados. Por lo cual, soldados, cuando todo está dispuesto para vuestra victoria, la empresa requiere ya únicamente de vuestro coraje y de vuestra determinación. Sobre ello me imagino que ya no conviene exhortaros más. Para los que combaten a sueldo junto a otros, o para los que, por una alianza, van a arrostrar un peligro en pro de los vecinos, lo más terrible es la batalla misma; el resultado no les afecta demasiado. Para tales hombres sería precisa una exhortación de aquel género. Pero si se trata de hombres como vosotros ahora, a quienes os pelagra no lo ajeno, sino lo propio, es decir, vuestras mismas personas, la patria, las mujeres y los hijos, y para quienes el resultado de la batalla se diferencia enormemente de los peligros presentes, se necesita sólo una mención, no un estímulo. Porque, ¿quién no preferiría vencer en la lucha, y si no fuera posible, morir en ella combatiendo, a vivir para ver la ruina y el insulto inferido a los que os dije? Por lo cual, soldados, haced incluso caso omiso de lo que os he hablado, pero poneos, vosotros mismos, a la vista la diferencia entre el triunfo y la derrota, y lo que se sigue en ambos casos. Disponeos para la batalla no porque corran peligro las legiones de la patria, sino ella misma en su integridad. Vosotros sois su último recurso, y no tendrá con qué oponerse al enemigo si la ocasión presente se decide de modo desfavorable. La patria sustenta en vosotros su ardor y su fuerza, ha depositado en vosotros todas sus esperanzas de salvación. No debéis ahora defraudarla. Dad a la patria la gratitud debida, y haréis patente a todos los hombres que las derrotas anteriores no se debieron a que los romanos sean menos capaces que los cartagineses, sino a la inexperiencia de aquellos combatientes, y también a las dificultades ofrecidas por las circunstancias.»

Tras arengarles con estas palabras y otras por el 13 estilo, Paulo Emilio despidió al ejército.

Al día siguiente los cónsules levantaron el campo 110 y guiaron las tropas hacia el lugar en el que oían decir que habían acampado los enemigos. Llegaron al cabo de dos días y acamparon a unos cincuenta estadios del enemigo. Paulo Emilio observó que los parajes de 2 alrededor eran llanos y pelados, y sostuvo que allí no convenía trabar combate, ya que el enemigo les aventajaba en caballería. Lo que debían hacer era avanzar y atraerle hacia lugares tales en los que el grueso de la batalla lo soportara la infantería. Pero Cayo Varrón, 3 poco experimentado, era de la opinión contraria, y ello motivó discusiones y tirantez entre ambos jefes, que era lo peor que podía ocurrir. Al día siguiente correspondía el mando a Varrón, ya que los cónsules, según 4 era usual, se alternaban cada día en el ejercicio del mando. Cayo Varrón, pues, levantó el campo y avanzó; quería aproximarse al enemigo, pese a que Paulo Emilio se oponía y protestaba airadamente.

Aníbal tomó consigo a su infantería ligera y a su 5 caballería, les salió al encuentro, cayó sobre ellos cuando todavía marchaban, trabó combate inesperadamente y produjo una gran confusión entre los romanos. Éstos 6 sostuvieron la primera carga haciendo avanzar algunas secciones de su infantería pesada, después enviaron a sus arqueros y a su caballería, con lo que lograron ventaja en este combate generalizado, porque los cartagineses no disponían de una reserva digna de este nombre y porque algunos manípulos romanos ya lo 7 graban combatir entre su propia infantería ligera. Pero sobrevino la noche y separó a ambos bandos; el ataque de los cartagineses no había tenido el éxito que éstos esperaban.

Al día siguiente, Paulo Emilio, que ni se decidía a 8 combatir, ni podía tampoco retirar con seguridad a su

ejército, acampó con las dos terceras partes de él junto al río llamado Aufidio (que es el único que atraviesa los Apeninos, una cordillera continua que separa todas las vertientes de Italia, las que van al Mar Tirreno y las que van al Mar Adriático; el Aufidio fluye a través de esta cordillera, tiene sus fuentes en las vertientes etruscas de Italia, pero desemboca en el Adriático), y para la tercera parte construyó una empalizada al otro lado del río, hacia el este del vado; se mantenía a una distancia de unos diez estadios de su propio campamento, y a un poco más del de los enemigos. Con todo ello pretendía proteger a los forrajeadores que salían del campamento y hostigar al propio tiempo a los forrajeadores cartagineses.

Entonces Aníbal comprendió que la situación le invitaba a combatir, a librar batalla contra el enemigo, pero temía que el fracaso reciente hubiera abatido el ánimo de los suyos. Creyó que el momento exigía una arenga, y congregó a sus hombres. Reunidos ya, les hizo contemplar los lugares de alrededor, y preguntó qué cosa mejor hubiera podido pedir a los dioses, en las circunstancias presentes, cuando se les concedía librar la batalla decisiva en un paraje en que su caballería les hacía muy superiores al enemigo.

Todos aprobaron esta afirmación, porque era evidente. «Por consiguiente —añadió Aníbal—, dad gracias a los dioses, ya que ellos cuando han llevado al enemigo a este terreno nos preparan la victoria. Y en segundo lugar, dádmelas a mí, puesto que he forzado al adversario a la lucha. Ahora ya no puede rehuirla, y luchará en un terreno que nos es ventajoso. No me parece en modo alguno que sea preciso estimularos con muchos argumentos a que tengáis buen ánimo y coraje en la refriega. Tal exhortación era necesaria cuando no teníais experiencia de lo que es combatir contra los romanos, y yo mismo os hice muchos dis-

ursos en los que os aducía ejemplos. Pero cuando habéis vencido a los romanos en tres grandes batallas consecutivas, ¿qué palabra os podría infundir más confianza que los propios hechos? En las luchas habidas hasta ahora habéis conquistado el país y os habéis apoderado de sus bienes, según nuestras promesas; siempre evitamos mentir en todos los discursos que os dirigimos. El combate de ahora será por las ciudades y las riquezas contenidas en ellas. Cuando las hayáis conquistado, seréis de inmediato dueños de toda Italia; lejos ya de las penalidades, convertidos en amos de toda la riqueza de los romanos, os convertiréis en jefes y señores de todo gracias a la batalla de ahora. De manera que lo que hoy necesitamos no son palabras, sino hechos. Estoy persuadido de que, con la voluntad de los dioses, no tardará mucho en confirmarse mi promesa.»

Les dijo estas cosas y otras por el estilo, que sus hombres aplaudieron con entusiasmo. Él les felicitó y aprobó su ánimo; luego despidió a los soldados. Estableció su campo sin dilación, y construyó una empalizada en la misma orilla del río donde estaba el mayor de los dos campamentos romanos.

Al día siguiente ordenó a todos sus hombres que prepararan las armas y que estuvieran prestos. Y al día siguiente formó a sus tropas junto al río: su interés en luchar contra el enemigo era evidente. Paulo Emilio no estaba satisfecho con aquel lugar, y veía que los cartagineses pronto se verían obligados a cambiar de sitio el campamento por la necesidad de avituallarse. Permaneció, pues, inactivo, y se limitó a reforzar las guardias de su acampada. Aníbal aguardó mucho tiempo sin que nadie le saliera al encuentro, por lo que hizo entrar de nuevo a sus tropas en su atrincheramiento. Envio a sus nómadas contra los aguadores del campamento romano más pequeño. Los nú-

midas llegaron hasta la misma empalizada enemiga y estorbaban la aguada, y Cayo Varrón se excitó todavía más contra éstos; también las tropas se sentían impedidas a la batalla; soportaban con disgusto su aplazamiento, porque a los hombres el tiempo de espera se les hace difícil, pero cuando algo se ha decidido, hay que soportarlo todo, incluso lo que parezca más terrible.

6 Cuando en Roma se enteraron de que los dos ejércitos estaban acampados frente a frente y que cada día se producían refriegas de avanzadillas, la ciudad 7 estaba animada y temerosa. El pueblo temía por el futuro, puesto que se habían sufrido tantas derrotas; suponían y se imaginaban ya en sus pensamientos lo que les iba a ocurrir si ahora les sobrevenía un descalabro total. Todos los oráculos que tenían corrieron entonces de boca en boca, todo templo y toda casa rebosaba de signos y de prodigios; de ahí que plegarias y sacrificios, súplicas e imploraciones a los dioses 8 agitaran la ciudad. En las circunstancias difíciles los romanos tienden a propiciarse dioses y hombres, y no juzgan nada indecoroso o innoble si se hace en tales tiempos.

113 Al día siguiente, nada más tomar el mando Cayo Varrón, al alborear movió a la vez las tropas de las 2 dos acampadas. Hizo que las del campamento mayor cruzaran el río, y las formó al instante; juntó a ellas las del otro campamento y las ordenó en un línea 3 continua, orientada hacia el Sur. Situó a la caballería romana junto al mismo río, en el ala derecha, y extendió a las tropas de a pie a continuación, en la misma línea; ponía los manípulos mucho más compactos, y lograba así que la profundidad de sus for- 4 maciones fuera muy superior a su frente. Colocó a la caballería aliada en el ala izquierda. Delante de todo el ejército, a una cierta distancia, situó a la infantería

ligera. Incluyendo a los aliados, los romanos disponían de unos ochenta mil hombres de a pie y de algo más de seis mil de a caballo.

En aquel mismo momento Aníbal hizo cruzar el río 6 a sus baleares y a sus lanceros, y los puso al frente de su ejército. Hizo salir del atrincheramiento al resto de sus hombres, cruzó la corriente por dos lugares distintos y formó a sus tropas contra el enemigo. Al lado 7 mismo del río, en el flanco izquierdo, puso a los jinetes iberos y a los galos frente a la caballería romana, a continuación la mitad de su infantería pesada africana, y seguidamente a los iberos y a los galos; a su flanco dispuso el resto de los africanos; en el ala derecha situó a la caballería nómada. Los extendió a 8 todos en una sola línea, tomó personalmente las formaciones de iberos y de galos y les hizo avanzar sin que perdieran el contacto con los demás. Todo se desarrollaba según un plan preconcebido<sup>174</sup>; se formaba una figura convexa en forma de media luna; las líneas de sus flancos perdían en espesor a medida que avanzaban. Aníbal quería que sus africanos durante la batalla le sirvieran de retaguardia, y que iberos y galos pelearan en primera fila.

El armamento de los africanos era romano, pues 114 a todos ellos Aníbal les había dotado con él, escogiendo del botín de las batallas anteriores. Los iberos 2 y los galos tenían el escudo muy parecido, pero en cambio las espadas eran de factura diferente. Las de 3 los iberos podían herir tanto de punta como por los filos; la espada gala, en cambio, servía sólo para herir de filo, y ello aun a cierta distancia. Sus secciones estaban dispuestas alternadamente. Los galos iban desnudos.

<sup>174</sup> Ha habido discusión sobre el sentido de la expresión griega subyacente (*katà lógon*), que las más de las veces significa «proporcionalmente» o bien «progresivamente», pero aquí estos sentidos no encajan; es preferible la traducción dada.

dos, los iberos vestían unas túnicas delgadas de lino, con el borde de púrpura, según el uso de sus regiones; el conjunto ofrecía una visión extraña y sobrecogedora.

5 El número de jinetes de que disponían los cartagineses era de diez mil; el de soldados de infantería, no muy superior a los cuarenta mil, incluidos los galos.

6 Paulo Emilio mandaba el ala derecha romana, la izquierda Cayo Varrón y el centro lo mandaban Marco Atilio y Cneo Servilio, los cónsules del año precedente.

7 El ala izquierda cartaginesa la mandaba Asdrúbal, la derecha Hannón y en el centro estaba el propio Aníbal,

8 que tenía a su lado a Magón, su hermano. Como dije más arriba, la formación romana miraba hacia Occidente, y la de los cartagineses hacia Oriente, de modo que cuando salió el sol no molestó en ningún momento a los dos bandos.

115 Las avanzadillas iniciaron la refriega<sup>175</sup>. Al principio el choque entre las infanterías ligeras se mantenía 2 indeciso. Pero a medida que, desde su izquierda, la caballería ibera y gala se aproximaba a los romanos, estos jinetes convirtieron aquello en una batalla auténtica y a la manera bárbara; se combatía no según la 3 norma de arremetidas y retiradas alternativas, antes bien, los jinetes atacaban montados, pero luego descabalgaban y entablaban duelos individuales. En ello sa- 4 lieron victoriosos los cartagineses, y en la lucha mataron a la mayoría de sus adversarios, a pesar de que los romanos lucharon noblemente y con coraje. Acorralaron luego junto al río a los supervivientes y los 5 mataron también; los cartagineses no usaron de piedad con los que les llegaron a las manos. Entonces entraron en combate las fuerzas de infantería, que seguían a las ligeras. Las formaciones de iberos y de galos resistieron algún tiempo y lucharon varonilmente

<sup>175</sup> La batalla de Cannas se libró el 2 de agosto del año 216.

contra los romanos, pero después, acosados por el enemigo que presionaba, cedieron y se replegaron, rompiendo la figura de la media luna. Los batallones ro- 6 manos les persiguieron con furia y lograron romper fácilmente las formaciones enemigas, porque la de los galos carecía de profundidad, y la de los romanos se había engrosado precisamente desde las alas al centro y al lugar en que se combatía. El centro y las alas 7 cartaginesas no entraron en combate al mismo tiempo, sino en primer lugar el centro, ya que los galos, debido a la formación en figura de media luna, se habían adelantado mucho más que las alas; lo convexo de la figura avanzaba de cara al enemigo. En su persecución 8 los romanos corrieron hacia el centro y hacia aquellas partes del enemigo que cedían; las rebasaron tanto, que ahora tenían a ambos lados, en los flancos que ofrecían, a los africanos, que eran los dotados con armamento pesado. De éstos, los que estaban a la derecha 9 giraron hacia la izquierda, cargaron por el flanco derecho y cayeron de costado sobre el flanco enemigo, y los del ala izquierda giraron a su derecha y se des- 10 plegaron por el flanco izquierdo. La situación mostraba por sí misma lo que se debía hacer. Ocurrió lo que 11 había calculado Aníbal: en su persecución de los galos, los romanos fueron cogidos en medio por los africanos. Y entonces ya no mantuvieron sus formaciones, 12 sino que se revolvían individualmente y por batallones, y luchaban contra los que les atacaban de flanco.

Paulo Emilio, a pesar de que desde el principio es- 116 taba en el ala derecha y participaba en la lucha de la caballería, quedaba aún entre los supervivientes. Pero 2 según las palabras que pronunciara en la alocución, quería encontrarse siempre en el corazón de la lucha. Al ver que la decisión de la batalla radicaba en las fuerzas de infantería, galopó hacia el centro de la 3 formación romana, y al tiempo que él mismo combatía

y golpeaba con sus manos al adversario, excitaba y estimulaba a los soldados que tenía alrededor.

4 Y lo mismo hacía Aníbal, pues desde el principio  
5 se encontraba en esta sección de sus tropas. Los nú-  
midas que, apostados en el ala derecha, habían asal-  
tado a la caballería enemiga, no hicieron ni sufrieron  
gran cosa por lo peculiar del combate, pero mantu-  
vieron inactivo al enemigo atrayéndoselo y luego ata-  
cándole por todos lados. Cuando Asdrúbal y los suyos,  
6 tras matar, junto al río, a casi todos los jinetes ro-  
manos, desde el ala izquierda corrieron a apoyar a los  
númeridas, entonces la caballería de los aliados previó  
el asalto, lo esquivó y se retiró.

7 En aquella ocasión parece que Asdrúbal se compor-  
tó de manera práctica y prudente. Sabedor, en efecto,  
de que los númeridas, que eran muchos en número, eran  
muy eficaces y terribles contra los que ya se daban por  
vencidos, les dejó los que huían, y él condujo a sus  
propios hombres hacia el choque de la infantería, in-  
terésado en apoyar a los africanos. Cargó por la es-  
palda contra las legiones romanas con arremetidas  
sucesivas; sus escuadrones atacaban por muchos lu-  
gares al mismo tiempo, y así infundió ánimo a los afri-  
canos y abatió y llenó de pavor el espíritu de los ro-  
manos.

9 Allí sucumbió, herido mortalmente, Paulo Emilio,  
con las armas en la mano. Fue un varón que realizó  
no menos que cualquier otro durante toda su vida,  
hasta el último momento, lo que en justicia se debe  
a la patria.

10 Los romanos, mientras combatieron frente a frente,  
de cara a los enemigos que les rodeaban, resistieron  
11 bravamente. Pero los de las primeras filas iban cayendo,  
y al final murieron todos, y entre ellos Marco Atilio y  
Cneo Servilio, los cónsules del año anterior, hombres

nobles y que en el peligro se habían mostrado dignos  
de Roma.

Mientras ocurría este combate y esta masacre, los 12  
númeridas persiguieron a los jinetes que huían, mata-  
ron a gran número de ellos y forzaron al resto a dejar  
sus monturas. Unos pocos romanos consiguieron huir 13  
a Venusa, entre los cuales se encontraba Cayo Terencio  
Varrón, el general, hombre de espíritu deshonroso, cuyo  
mando fue totalmente ineficaz para su propia patria.

De este modo acabó la batalla que en Cannas li- 117  
braron romanos y cartagineses; en ella actuaron hom-  
bres nobilísimos, tanto entre los vencedores como entre  
los vencidos, cosa evidenciada por los hechos mismos.  
De los seis mil jinetes romanos, lograron escapar hasta 2  
Venusa, con Cayo Varrón, sólo setenta, y unos tres-  
cientos de los aliados se salvaron esparcidos por di-  
versos villorrios. Durante la lucha cayeron prisioneros 3  
unos diez mil soldados de infantería, los que habían  
permanecido fuera de la batalla. Desde el campo mismo  
de la lucha sólo unos tres mil lograron huir a las ciu-  
dades circundantes. Todos los demás, unos setenta mil, 4  
murieron bravamente. Tanto entonces como en las  
ocasiones anteriores fue la caballería cartaginesa la  
que decidió la victoria. Quedó claro para la posteri- 5  
dad que en los azares de la guerra vale más poseer  
la mitad de infantería, pero ser muy superior en caba-  
llería, que no trabar combate en igualdad total de  
condiciones que el enemigo. De los de Aníbal, murie- 6  
ron cuatro mil galos, y otros mil quinientos entre ibe-  
ros y africanos.

Los romanos cogidos prisioneros, lo fueron fuera 7  
de la batalla; la causa fue la siguiente: Paulo Emilio 8  
había dejado diez mil soldados de infantería en su  
propio campamento para que si Aníbal, descuidando  
el suyo, hacía formar a todos sus hombres, los roma-  
nos asaltarán el campamento adversario durante la

9 batalla y así se apoderarían del bagaje enemigo. Si Aníbal, en cambio, prevía cualquier eventualidad y dejaba en su campo una guarnición numerosa, en la batalla decisiva los romanos lucharían contra menos  
 10 hombres. Estos romanos fueron aprisionados así: Aníbal, efectivamente, dejó una guarnición considerable en su campamento; así que empezó la batalla, los romanos, siguiendo las instrucciones recibidas, la asediaron, atacando a los defensores del campamento cartaginés. Estos ofrecieron primero una resistencia tenaz, pero pronto se vieron en situación difícil. Mas Aníbal ya había decidido totalmente la batalla, por lo que corrió en apoyo de los suyos, hizo retroceder a los romanos y les cercó en su propio campamento. Mató  
 12 unos dos mil y cogió prisioneros a los restantes. Del mismo modo, los númidas asediaron a los jinetes adversarios que se habían refugiado en las fortalezas de la región y se los llevaron prisioneros: eran unos dos mil, que anteriormente habían sido puestos en fuga.  
 118 Decidida la batalla del modo descrito, la situación tomó el giro esperado por ambos contendientes. Por su triunfo, los cartagineses sometieron prácticamente el resto de Italia. Los tarentinos se les pasaron inmediatamente, los de Argiripa y algunos de Capua llamaron a Aníbal. Los demás miraron con respeto, todos ya, hacia los cartagineses, que confiaban en apoderarse de Roma al primer asalto. Los romanos, por su parte, debido a esta derrota, abandonaron al punto su idea de dominar a todos los italianos. Se habían asustado ante el grave riesgo que corrían sus personas y el suelo de la patria; esperaban la presencia de Aníbal en cualquier momento. Y como si la Fortuna quisiera hacer rebosar la medida y combatir a favor de los hechos ya consumados, al cabo de pocos días, cuando el terror poseía todavía a la ciudad de Roma, el general enviado

a la Galia Cisalpina<sup>176</sup>, cayó inesperadamente en una emboscada de los galos, y perecieron él y sus tropas, sin que se salvara nadie. El Senado, sin embargo, no omitió nada de lo realizable: incitó al pueblo, aseguró la ciudad y deliberó varonilmente acerca de aquella situación; esto se notó en los hechos posteriores. Entonces la derrota de los romanos era innegable y habían perdido su reputación guerrera, pero la peculiaridad de su constitución y la prudencia de sus deliberaciones no sólo les permitieron recobrar el dominio de Italia (tras derrotar a los cartagineses), sino que poco tiempo después se hicieron dueños del universo.

Por eso cerraremos este libro sobre estas acciones. Hemos descrito los hechos de Italia y de España en la Olimpiada ciento cuarenta. Cuando hayamos na-

#### *Epílogo*

11  
 12  
 13  
 14  
 15  
 16  
 17  
 18  
 19  
 20  
 21  
 22  
 23  
 24  
 25  
 26  
 27  
 28  
 29  
 30  
 31  
 32  
 33  
 34  
 35  
 36  
 37  
 38  
 39  
 40  
 41  
 42  
 43  
 44  
 45  
 46  
 47  
 48  
 49  
 50  
 51  
 52  
 53  
 54  
 55  
 56  
 57  
 58  
 59  
 60  
 61  
 62  
 63  
 64  
 65  
 66  
 67  
 68  
 69  
 70  
 71  
 72  
 73  
 74  
 75  
 76  
 77  
 78  
 79  
 80  
 81  
 82  
 83  
 84  
 85  
 86  
 87  
 88  
 89  
 90  
 91  
 92  
 93  
 94  
 95  
 96  
 97  
 98  
 99  
 100  
 101  
 102  
 103  
 104  
 105  
 106  
 107  
 108  
 109  
 110  
 111  
 112  
 113  
 114  
 115  
 116  
 117  
 118  
 119  
 120  
 121  
 122  
 123  
 124  
 125  
 126  
 127  
 128  
 129  
 130  
 131  
 132  
 133  
 134  
 135  
 136  
 137  
 138  
 139  
 140  
 141  
 142  
 143  
 144  
 145  
 146  
 147  
 148  
 149  
 150  
 151  
 152  
 153  
 154  
 155  
 156  
 157  
 158  
 159  
 160  
 161  
 162  
 163  
 164  
 165  
 166  
 167  
 168  
 169  
 170  
 171  
 172  
 173  
 174  
 175  
 176  
 177  
 178  
 179  
 180  
 181  
 182  
 183  
 184  
 185  
 186  
 187  
 188  
 189  
 190  
 191  
 192  
 193  
 194  
 195  
 196  
 197  
 198  
 199  
 200  
 201  
 202  
 203  
 204  
 205  
 206  
 207  
 208  
 209  
 210  
 211  
 212  
 213  
 214  
 215  
 216  
 217  
 218  
 219  
 220  
 221  
 222  
 223  
 224  
 225  
 226  
 227  
 228  
 229  
 230  
 231  
 232  
 233  
 234  
 235  
 236  
 237  
 238  
 239  
 240  
 241  
 242  
 243  
 244  
 245  
 246  
 247  
 248  
 249  
 250  
 251  
 252  
 253  
 254  
 255  
 256  
 257  
 258  
 259  
 260  
 261  
 262  
 263  
 264  
 265  
 266  
 267  
 268  
 269  
 270  
 271  
 272  
 273  
 274  
 275  
 276  
 277  
 278  
 279  
 280  
 281  
 282  
 283  
 284  
 285  
 286  
 287  
 288  
 289  
 290  
 291  
 292  
 293  
 294  
 295  
 296  
 297  
 298  
 299  
 300  
 301  
 302  
 303  
 304  
 305  
 306  
 307  
 308  
 309  
 310  
 311  
 312  
 313  
 314  
 315  
 316  
 317  
 318  
 319  
 320  
 321  
 322  
 323  
 324  
 325  
 326  
 327  
 328  
 329  
 330  
 331  
 332  
 333  
 334  
 335  
 336  
 337  
 338  
 339  
 340  
 341  
 342  
 343  
 344  
 345  
 346  
 347  
 348  
 349  
 350  
 351  
 352  
 353  
 354  
 355  
 356  
 357  
 358  
 359  
 360  
 361  
 362  
 363  
 364  
 365  
 366  
 367  
 368  
 369  
 370  
 371  
 372  
 373  
 374  
 375  
 376  
 377  
 378  
 379  
 380  
 381  
 382  
 383  
 384  
 385  
 386  
 387  
 388  
 389  
 390  
 391  
 392  
 393  
 394  
 395  
 396  
 397  
 398  
 399  
 400  
 401  
 402  
 403  
 404  
 405  
 406  
 407  
 408  
 409  
 410  
 411  
 412  
 413  
 414  
 415  
 416  
 417  
 418  
 419  
 420  
 421  
 422  
 423  
 424  
 425  
 426  
 427  
 428  
 429  
 430  
 431  
 432  
 433  
 434  
 435  
 436  
 437  
 438  
 439  
 440  
 441  
 442  
 443  
 444  
 445  
 446  
 447  
 448  
 449  
 450  
 451  
 452  
 453  
 454  
 455  
 456  
 457  
 458  
 459  
 460  
 461  
 462  
 463  
 464  
 465  
 466  
 467  
 468  
 469  
 470  
 471  
 472  
 473  
 474  
 475  
 476  
 477  
 478  
 479  
 480  
 481  
 482  
 483  
 484  
 485  
 486  
 487  
 488  
 489  
 490  
 491  
 492  
 493  
 494  
 495  
 496  
 497  
 498  
 499  
 500  
 501  
 502  
 503  
 504  
 505  
 506  
 507  
 508  
 509  
 510  
 511  
 512  
 513  
 514  
 515  
 516  
 517  
 518  
 519  
 520  
 521  
 522  
 523  
 524  
 525  
 526  
 527  
 528  
 529  
 530  
 531  
 532  
 533  
 534  
 535  
 536  
 537  
 538  
 539  
 540  
 541  
 542  
 543  
 544  
 545  
 546  
 547  
 548  
 549  
 550  
 551  
 552  
 553  
 554  
 555  
 556  
 557  
 558  
 559  
 560  
 561  
 562  
 563  
 564  
 565  
 566  
 567  
 568  
 569  
 570  
 571  
 572  
 573  
 574  
 575  
 576  
 577  
 578  
 579  
 580  
 581  
 582  
 583  
 584  
 585  
 586  
 587  
 588  
 589  
 590  
 591  
 592  
 593  
 594  
 595  
 596  
 597  
 598  
 599  
 600  
 601  
 602  
 603  
 604  
 605  
 606  
 607  
 608  
 609  
 610  
 611  
 612  
 613  
 614  
 615  
 616  
 617  
 618  
 619  
 620  
 621  
 622  
 623  
 624  
 625  
 626  
 627  
 628  
 629  
 630  
 631  
 632  
 633  
 634  
 635  
 636  
 637  
 638  
 639  
 640  
 641  
 642  
 643  
 644  
 645  
 646  
 647  
 648  
 649  
 650  
 651  
 652  
 653  
 654  
 655  
 656  
 657  
 658  
 659  
 660  
 661  
 662  
 663  
 664  
 665  
 666  
 667  
 668  
 669  
 670  
 671  
 672  
 673  
 674  
 675  
 676  
 677  
 678  
 679  
 680  
 681  
 682  
 683  
 684  
 685  
 686  
 687  
 688  
 689  
 690  
 691  
 692  
 693  
 694  
 695  
 696  
 697  
 698  
 699  
 700  
 701  
 702  
 703  
 704  
 705  
 706  
 707  
 708  
 709  
 710  
 711  
 712  
 713  
 714  
 715  
 716  
 717  
 718  
 719  
 720  
 721  
 722  
 723  
 724  
 725  
 726  
 727  
 728  
 729  
 730  
 731  
 732  
 733  
 734  
 735  
 736  
 737  
 738  
 739  
 740  
 741  
 742  
 743  
 744  
 745  
 746  
 747  
 748  
 749  
 750  
 751  
 752  
 753  
 754  
 755  
 756  
 757  
 758  
 759  
 760  
 761  
 762  
 763  
 764  
 765  
 766  
 767  
 768  
 769  
 770  
 771  
 772  
 773  
 774  
 775  
 776  
 777  
 778  
 779  
 780  
 781  
 782  
 783  
 784  
 785  
 786  
 787  
 788  
 789  
 790  
 791  
 792  
 793  
 794  
 795  
 796  
 797  
 798  
 799  
 800  
 801  
 802  
 803  
 804  
 805  
 806  
 807  
 808  
 809  
 810  
 811  
 812  
 813  
 814  
 815  
 816  
 817  
 818  
 819  
 820  
 821  
 822  
 823  
 824  
 825  
 826  
 827  
 828  
 829  
 830  
 831  
 832  
 833  
 834  
 835  
 836  
 837  
 838  
 839  
 840  
 841  
 842  
 843  
 844  
 845  
 846  
 847  
 848  
 849  
 850  
 851  
 852  
 853  
 854  
 855  
 856  
 857  
 858  
 859  
 860  
 861  
 862  
 863  
 864  
 865  
 866  
 867  
 868  
 869  
 870  
 871  
 872  
 873  
 874  
 875  
 876  
 877  
 878  
 879  
 880  
 881  
 882  
 883  
 884  
 885  
 886  
 887  
 888  
 889  
 890  
 891  
 892  
 893  
 894  
 895  
 896  
 897  
 898  
 899  
 900  
 901  
 902  
 903  
 904  
 905  
 906  
 907  
 908  
 909  
 910  
 911  
 912  
 913  
 914  
 915  
 916  
 917  
 918  
 919  
 920  
 921  
 922  
 923  
 924  
 925  
 926  
 927  
 928  
 929  
 930  
 931  
 932  
 933  
 934  
 935  
 936  
 937  
 938  
 939  
 940  
 941  
 942  
 943  
 944  
 945  
 946  
 947  
 948  
 949  
 950  
 951  
 952  
 953  
 954  
 955  
 956  
 957  
 958  
 959  
 960  
 961  
 962  
 963  
 964  
 965  
 966  
 967  
 968  
 969  
 970  
 971  
 972  
 973  
 974  
 975  
 976  
 977  
 978  
 979  
 980  
 981  
 982  
 983  
 984  
 985  
 986  
 987  
 988  
 989  
 990  
 991  
 992  
 993  
 994  
 995  
 996  
 997  
 998  
 999  
 1000

<sup>176</sup> Cf. 106, 6.